

REVISTA IBÉRICA

DE POLITICA, LITERATURA, CIENCIAS Y ARTES.

Director: D. Juan Reina

Queda prohibida la reproduccion de los artículos literarios y científicos que se publiquen en esta Revista, salvo convenio especial.

SUMARIO.
16 de Junio.
MR. EMILE ZOLA.—Santiago Damour (novela).
DON RAMON DE CAMPOAMOR.—Del principio de las ideas.
DON MANUEL DEL PALACIO.—Triste regreso (poesía).

CLARIN.—Palomares (fragmento de una novela).
DON JOSÉ MARIA REINA.—Médicos Forenses.
DON ANGEL DE LUQUE.—Revista política exterior.
DON FRANCISCO HENESTROSA.—Fray Zeferino Gonzalez.
DON CÁRLOS FERNANDEZ SHAW.—Murillo y Sevilla (poesía).

DON JOAQUIN MORENO.—Libros nuevos.
REVISTAS EXTRANJERAS:
The Edinburg Review.—Revista Internacional de Enseñanza.—Revue politique et litteraire.—The Nineteenth Century.—Les Matinées Espagnoles.
Indice del primer trimestre.

16 de Junio.

Tan abundante ha sido la pasada quincena en asuntos de gacetilla, como esteril en acontecimientos de memorable importancia.

Si el rasgo más saliente que podíamos mencionar de cuantas sesiones habia celebrado el Congreso, en los últimos dias de Mayo, fué una vergonzosa discusion sobre reparto de billetes gratuitos para ver los toros, nada desde entonces ha llamado la atencion de los señores representantes del país, hasta que una nueva polémica sobre concesion de billetes gratuitos para viajar por ferro-carril ha despertado su codicia.

En ambas ocasiones, más que Parlamento de un pueblo civilizado, parecia el Congreso español zaragata de muchachos en dia cie bautizo. Estas dos sesiones han marcado los extremos de esta parte de la maquinaria legislativa, entre los cuales la rueda de la Hacienda ha triturado con sus yantas el crédito público y el prestigio de un Gobierno sin plan de conducta ni opiniones definidas; tan incapaz de evitar el mal como de practicar el bien; que lo mismo expone con sus torpezas al escándalo el nombre de altas personalidades, quo deja hundirse en el fango el decoro del Parlamento, amenazar la miseria en ricas comarcas, sin más amparo que deficientes paliativos, y que á nada se decide, por perentorio que sea, mientras no ha contado y vuelto á contar el número de compadres que le apoyaria en cada ocasion.

Setenta y tres diputados han creido más útil perder el tiempo en solicitar una franquicia que no han sabido merecer, que destinarlo á concluir la inaplazable discusion de presupuestos. La mayor parte de ellos no han asistido á las sesiones en que se ventilaban asuntos de tan vital interés, y si no se han tomado la molestia de leer en los periódicos los extractos, apenas tendrán que responder cuando sus electores les interroguen acerca de su conducta en una legislatura tan erizada de accidentes.

Así como el célebre Sieyes resumió sus actos durante toda la revolucion francesa en una frase: "he vivido," nuestros diputados de la mayoría pueden condensar en otra frase aún ménos honorífica su comportamiento: "he obedecido;" es decir, he votado con Romero Giron en

el debate Giron-Fiori, he apoyado á Pelayo Cuesta con la aprobacion de unos presupuestos ruinosos, y he perdido el resto de la primavera como la cigarra del cuento pasó el verano.

★ ★

Las sesiones de la izquierda dinástica para organizar un plan de batalla contra el actual gabinete son, en su apariencia de unanimidad, una nueva demostracion de la incoherencia de ese bando político, que todavía dista mucho de ser un partido. Sardoalistas, berangeristas, morotistas, martistas, etc., etc., forman tantos partidos como jefes de alguna talla cuentan los demócrata-monárquicos en el Parlamento. Sus acuerdos con reservas mentales, tendrán que carecer siempre del prestigio que da la asociacion de fuerzas bajo una misma direccion, siendo la historia particular de cada miembro del partido, sus complacencias ó sus rencores con el Gobierno Saggasta, otros tantos factores que dificultan la formacion, tal vez posible aunque lejana, de ese gran partido liberal, contrabalanza de los elementos históricos, acumulados bajo las órdenes precisas y matemáticamente observadas del señor Cánovas del Castillo.

¿Qué fines podría cumplir hoy en el poder un grupo más ó menos numeroso de políticos, que no tienen tomado definitivo acuerdo acerca de la extension del sufragio, ni siquiera de la Constitucion que habrian de proclamar para su gobierno? ¿Interpretarian, como dicen algunos, la Constitucion de 1876 hasta hacerla coincidir en todo lo esencial con la de 1869? ¿Llegaria á tanto la elasticidad de aquella Constitucion? ¿Restringir an la del 69 hasta identificarla con la del 76? ¿Conservarian el nombre de demócratas despues de esta restriccion?

Entre dar carácter democrático á una ley conserva dora y amoldar al criterio conservador una Constitucion democrática, ¿ha recaido unánime acuerdo? Tal es, en resúmen, el período de gestacion que en los bancos rojos del Parlamento queda todavía por pasar el partido demócrata monárquico.

Cuantas acusaciones se le dirigen, fundadas en las rencillas y celos que entre sus jefes despiertan lo que muchos llaman ecuacion personal, son de escasa importancia, al lado de la falta de cohesion motivada en las diferencias políticas.

Cuando pasó el período revolucionario y los hombres procedentes de los varios partidos en que se fraccionaron los primitivos federales ó de los partidos monárquicos que aceptaron la república, quisieron tomar acuerdos para gestionar el triunfo de una causa comun, fueron infructuosos todos los programas, todas las componendas que se intentaron.

Desde un federal como Pí, hasta un republicano conservador como Castelar, habia más distancia en el fondo de las ideas que entre monárquicos y republicanos. De la imposibilidad de entenderse, nació una escuela semi-pesimista, que pudiéramos llamar de republicanos platónicos, compuesta de individuos resueltos á no volver á los procedimientos de fuerza, convencidos de que con esa pasividad nunca saltarian legalmente el abismo entre dos legalidades antitéticas, y faltos de valor ó de voluntad para recorrer la inmensa trayectoria que hay desde su campo al de las instituciones vigentes. Por virtud ó por temor, creemos que por virtud, no querian exponer su prestigio personal á tan largo viaje, y prefirieron ampararla á la sombra de una consecuencia más ó menos enérgicamente sostenida. Surgió otra rama, la más robusta de todas, compuesta de los hombres impenitentes, que resueltos el mantener los ideales revolucionarios, ni ceden ni transigen.

Y quedaron, en fin, los demócratas, más ó menos firmes en sus convicciones, que ni desean luchar largo tiempo en una oposicion estéril, ni pueden depositar á las puertas de la monarquía el bagaje de la propia historia.

Demócratas benévolos, demócratas monárquicos, izquierda dinástica, como quieran llamarse, son los soldados dispersos de una derrota. Los veteranos se han retirado á sus casas, el cuerpo del ejército se agrupa bajo otras banderas; éstos continúan defendiendo á todo trance sus antiguas opiniones; aquellos deberán aceptar las leyes del vencedor y presentarse diseminados, no á tambor batiente.

*
* *

La crisis jornalera en Jerez, conjurada en apariencia, sigue preocupando la atencion de los verdaderos políticos y estadistas.

Frecuentes son en Andalucía las épocas de escasez que obligan á los propietarios á tomar á su cargo la manutencion de los jornaleros; pero siempre se han paliado tales conflictos sin violencias ni amenazas por parte del pueblo; hoy se presenta allí una asociacion sanguinaria que no tiene precedentes en el país ni se apoya en la falta de cosechas. Una baja considerable en el precio de los vinos y la consiguiente disminucion en los jornales, son la causa ocasional; pero la causa eficiente, la raíz del conflicto, es sin duda la propaganda del socialismo francés, derrotado en toda la línea por los hombres de ciencia, que continúa envenenando la inteligencia del pueblo. Es la eterna historia de todas las utopias; el fin de su período de propaganda coincide con el principio de la lucha por su desarraigo. Por los mismos dias en que los últimos restos del federalismo, que más afinidades tensan con el socialismo, dan el espectáculo de su disolucion, los gérmenes de las ideas, en gran parte por ellos exparcidas, ensangrientan el suelo andaluz.

Lo mismo ha pasado en todos tiempos. Ya el cristianismo dominaba el mundo, cuando en los pequeños pueblos, atrasados en cultura, hacia sus prosélitos el vencido paganismo, que de los *pagos* tomó su nombre.

Sociedades imperfectísimas, organizadas con procedimientos, leyes y sanciones brutales aún dentro de las más exaltadas teorías de la escuela en que pretenden ampararse, han tomado incremento y procedido á feroces vías de hecho, sin que el Ministerio hubiese interpuesto los mil recursos que, sin apelar al derecho preventivo, hoy nuevamente invocado por la ciencia, tiene todo gobierno enérgico, celoso de su autoridad y ganoso de prestigio entre sus conciudadanos, mediante una incansable cooperacion á la tranquilidad y bien públicos. Mil veces los oradores más notables del Parlamento han tenido que fustigar, con preguntas é interpelaciones, la indolencia nihilista del Sr. Sagasta haciéndole comprender la urgencia de sabias medidas que, buscando el mal en su raíz, pusieran pronto remedio. Refórmese lo reformable, atiéndase de una vez para siempre á las necesidades del obrero andaluz en cuanto sea factible, evítese que á la sombra de la libertad que el hombre tiene para contratar sus trabajos se desarrollen otras sociedades para impedir el uso de esa misma libertad, es desde hace meses la voz unánime de la prensa de todos los partidos, sólo en parte escuchada por los ministros de la Corona.

La ineficacia del envío de soldados á las campañas donde se ha declarado la huelga, no puede ser más evidente.

Conocidos de nuestros lectores son, sin duda, los elocuentes discursos de los señores Carvajal y Romero Robledo.

Las diferencias políticas no fueron esta vez obstáculo para que ambos oradores unieran la influencia de su oratoria en contra del Ministerio. Los datos estadísticos é históricos presentados por el primero y la defensa que de los propietarios andaluces se vió obligado á pronunciar el segundo, bastaron para demostrar cuán á ciegas estaba el ministro de la Gobernacion en la materia que se trataba.

Pasará la siega y vendrán otras operaciones agrícolas, sin que el Ministerio pueda evitar nuevas huelgas, á menos que sostenga un ejército de cavadores, podadores, etc., perpétuamente consagrado á esas faenas.

*
* *

Y despues de tantas quejas contra los ministros y contra la mayoría de las Córtes, ¿cómo no decir algo de crisis? ¿Habrà en toda España algun político, excepto una pequeña parte del cuerpo de empleados, que no espere algo bueno de un cambio ministerial? Sumando á las oposiciones los partidarios y favorecidos del actual orden de cosas que esperan ascensos ó carteras en ese turno más ó menos pacífico que el Sr. Sagasta desea verificar con todos los amigos suyos á quienes trata de complacer, causa admiracion no leer todos los días en la *Gaceta* nuevas firmas refrendando los decretos; mas por hoy, los ortodoxos del constitucionalismo, opinan que sus actuales jefes han ganado el verano.



SANTIAGO DAMOUR.

Cuando Santiago Damour contemplaba allá en Numea el despejado horizonte del mar, sentía, en ocasiones, renacer toda la propia historia, las miserias del sitio, las iras de la Commune con aquel violento desenlace que le habia arrojado tan lejos, maltrecho y abatido. No era aquello clara vision de recuerdos que dulcemente le entristecieran, sino el vago despertar de una inteligencia oscurecida que volviere en sí á la vista de ciertos hechos persistentes, en medio de la total desaparicion de los restantes.

A los veintiséis años se habia casado con Felisa, hermosa jóven de diez y ocho, sobrina de una frutera de la Villette, que le tenia alquilada una habitacion. El era cincelador en metales y ganaba hasta 12 francos diarios; ella habia sido costurera, mas como en breve tuvieron un hijo, apenas si le alcanzaba el tiempo para criar al pequeño y arreglar la casa.

Eugenio se desarrollaba á las mil maravillas. Nueve años despues nació una hembra, Luisa, que durante mucho tiempo se crió enclenque y les causó muchos gastos en drogas y médicos. No obstante, la familia podia conceptuarse feliz. Damour echaba de vez en cuando una cana al aire; pero hombre de razon, se acostaba temprano cuando se habia excedido un poco en la bebida, y al dia siguiente emprendia de nuevo su trabajo, acusándose de holgazan.

A los doce años dedicaron á Eugenio al torno, de manera que apenas sabria el pequeño leer y escribir cuando ya se ganaba la vida.

Felisa manejaba la casa con habilidad, prudencia y extraordinario aseo; algo «tacaña, tal vez,» segun decía el marido, porque les ponia legumbres con más frecuencia que carne, á fin de reservar algunos cuartos para días adversos.

Aquella fué su mejor época. Vivian en Menilmontant, calle Envierges, en un piso con tres habitaciones, una para el matrimonio, otra para Eugenio y un comedor donde habían instalado los tornos, sin contar la cocina y un gabinete para Luisa.

Aunque el edificio era pequeño y vivían pasado el patio, no carecian de aire y luz, porque las ventanas daban á un cantero de derribos á donde mañana y tarde llegaban las carretas cargadas de escombros y de trozos de vigas viejas.

Más de diez años llevaban allí cuando estalló la guerra. Felisa, aunque rayana en los cuarenta, se conservaba jóven, un tanto jamona, con unos hombros y unas caderas que la hacian la guapa del barrio. Su marido, por

el contrario, estaba enjuto, y no llevándola más que ocho años, parecia un viejo al lado de ella. Luisa, fuera ya de peligro, aunque siempre delicada, habia sacado la delgadez del padre, en tanto que Eugenio tenia á la edad de diez y nueve años la estatura y la amplitud de espaldas de la madre. Vivían muy unidos, á pesar de las escapadillas que padre é hijo solían hacer, deteniéndose en algun almacen de vinos.

Felisa se enfurecia por aquel derroche, y hasta llegó el caso de arañarse; cuestiones sin importancia por causa del vino, que no les impedia ser la familia mejor avenida de toda la casa y que se les citase siempre por via de buen ejemplo.

Cuando los prusianos marchaban hácia París y empezó á cundir la terrible huelga, los Damour depositaron más de 1.000 francos en la Caja de ahorros; cosa notable en un matrimonio de obreros que habían criado dos hijos.

Los primeros meses del sitio, no fueron, pues, muy duros para ellos. En el comedor donde reposaba la maquinaria, todavía se comia pan blanco y carne. Es más; compadecido Damour de un vecino, un pobre diablo pintor de puertas, llamado Berru, que se moría de hambre, hizo la caridad de convidarle á comer varias veces, hasta que el invitado concluyó por hacerse presente á todas horas.

Era éste un truhan tan ocurrente, que logró desarmar las prevenciones de Felisa, inquieta y contrariada ante aquella enorme boca que engullia las mejores tajadas. Por la tarde jugaban á la baraja, charlando acerca de los prusianos. Berru, gran patriota, hablaba de minar el terreno hasta llegar debajo de sus baterías en Chatillon y Montretout, y hacerles volar. Despues tocaba su turno al gobierno; ¡valiente atajo de bribones, que pretendian entronizar á Enrique V abriendo las puertas de París á Bismarck! La República de aquel gobierno de traidores le hacia encogerse de hombros.

—¡Ah, la República! Y ambos codos sobre la mesa y la pequeña pipa en la boca, explicaba á Damour su gobierno ideal: todos hermanos, todos libres, todo el mundo rico y la igualdad y la justicia reinando por todas partes.

—Como en 93, añadia con la mayor naturalidad.

Damour permanecía serio. El tambien era republicano, porque desde la cuna habia oído siempre decir en torno suyo que la República marcaría el triunfo del obrero y la dicha universal; mas no tenia idea fija de cómo las cosas habian de suceder, y escuchaba atentamente á Berru, aprobando sus razonamientos, convencido de que la República, sin duda,

vendría como el pintor de puertas aseguraba, en la firme creencia de que si todo París, hombres, mujeres y niños, hubiesen marchado á Versalles cantando la *Marsellesa*, hubieran conseguido arrollar á los prusianos, dar la mano á las provincias y fundar el gobierno del pueblo que habia de proporcionar rentas á todos los ciudadanos.

—Mucho ojo, le decia Felisa llena de desconfianza; Berru va á ser nuestra perdicion. Mantente, si eso te agrada; pero déjale que vaya á romperse la crisma él solo.

Tambien Felisa queria la República. Su padre habia muerto en una barricada el año 48; pero este recuerdo en vez de exaltarla la hacia entrar en razon. En lugar del pueblo, se decia, bien sabia ella cómo hacer la forzosa al gobierno para que fuese justo: se conduciria bien, se mostraria prudente y enérgica. Los discursos de Berru la indignaban y le causaban miedo, porque no los creia honrados. Veía que Damour cambiaba y sus nuevas maneras, así como las palabras que proferia, le eran profundamente repulsivas. Pero todavía le inquietaba más el aspecto sombrío y ardiente de Eugenio, cuando éste escuchaba á Berru. Por la noche, mientras Luisa dormia en la mesa, Eugenio, echado de brazos, bebia con lentitud una copa de aguardiente. sin decir palabra, fija la vista en el pintor que siempre llevaba de París alguna extraña noticia de traiciones: unas veces contaba que los bonapartistas hacian señales desde Montmartre á los alemanes, ó bien que habian sido arrojados al Sena muchos sacos de harina y de pólvora á fin de precipitar la entrega de la ciudad.

—¡Puros enredos! decia Felisa á su hijo cuando se marchaba Berru. No te calientes los cascotes; bien sabes que es un embustero.

—Demasiado sé yo á qué atenerme, respondia Eugenio con terrible ademan.

A principios de Diciembre, los Damour habian consumido sus economías; mas como no pasaba hora sin que se anunciase una nueva derrota de los prusianos en provincias, ó alguna salida victoriosa que permitiera por fin libertar á París, la familia no se acobardaba en la esperanza de que volveria la época de trabajo. Felisa hacia milagros; vivian al dia comiendo aquel pan moreno del sitio, que únicamente Luisita no podia digerir. Damour y Eugenio acabaron por caldearse los cascotes, como decia la madre. Ociosos dia y noche, apartados de sus antiguas costumbres y sintiendo los brazos atrofiados por la inaccion de de que habian abandonado el torno, experimentaban cierto malestar y atolondramiento causado por delirios extrambóticos y sanguinarios. Padre é hijo se habian inscrito en un batallon expedicionario que como otros mu-

chos, no salia de las fortificaciones, acuartelado en un puesto donde los afiliados se pasaban el dia jugando á los naipes.

Allí fué donde Damour, con el estómago vacío y el corazon oprimido de ver la miseria que reinaba en su casa, llegó á convecerse de que el gobierno se habia propuesto exterminar al pueblo para hacerse dueño de la República. Berru tenia razon; nadie ignoraba que Enrique V estaba en Saint Germain, en una casa, sobre la cual flotaba una bandera blanca. Aquello debia terminar. De un dia para otro exterminarian á cuantos bribones reducian á los obreros á la miseria y les hacian bombardear con el único propósito de dar lugar al triunfo de los nobles y á los curas. Cuando Damour y Eugenio volvían á casa enardecidos por las locuras de afuera, no hablaban mas que de matar gente, en presencia de Felisa que, pálida y silenciosa, cuidaba á Luisita, otra vez enferma á causa de la mala alimentacion.

En tanto, concluyó el sitio, se acordó la amnistia y los prusianos desfilaron por los Campos Elíseos. En la calle Envierges se comió pan blanco que Felisa habia traído de Saint Denis; pero la comida fué sombría. Eugenio, que habia deseado ver los prusianos, contó los detalles, mientras Damour, agitando el tenedor, gritaba furiosamente que era preciso guillotinar á todos los generales. Felisa, contrariada, le quitó el tenedor.

En los dias sucesivos, visto que no renacia la actividad general, decidió Damour aplicarse al trabajo por su propia cuenta. Tenia fundidas varias piezas de unos candelabros que debia terminar con esmero en la esperanza de venderlos.

Eugenio, sumamente inquieto, dejó el trabajo al cabo de una hora.

Berru, que habia desaparecido el mismo dia del armisticio, sin duda por haber hallado mejor mesa en otra parte, se presentó una mañana muy animado y contó el incidente de los cañones de Montmartre. Por todas partes se alzaban barricadas; al fin habia llegado el triunfo del pueblo y el pintor venia en busca de Damour, alegando que hacian falta todos los buenos ciudadanos. Damour abandonó el torno, á pesar de la consternacion que mostraba el rostro de Felisa.

Era la Commune. Las jornadas de Marzo, Abril y Mayo dieron principio. Cuando Damour, cansado, oía los ruegos de su esposa para que permaneciese en casa, le respondia:

—¿Y mis treinta sus? ¿Quién nos dará el pan? Felisa bajaba la cabeza. No tenian más ingresos para mantenerse que los treinta sus del padre y los treinta del hijo, sueldo de la guardia nacional que á veces acrecia con distribuciones de vino y de carne salada.

Por su parte, Damour estaba persuadido de su derecho, y tiraba contra los versalleses como hubiera tirado á los prusianos, seguro de que así salvaba la República y aseguraba la felicidad del pueblo.

Después de las fatigas y miserias del sitio, la explosión de la Commune le permitía vivir en un ensueño de tiranía, contra la cual luchaba como héroe oscuro decidido á morir en defensa de la libertad. No se cuidaba de las complicadas teorías de la escuela comunista. A sus ojos la Commune era sencillamente la anunciada edad de oro, el principio de la dicha universal, en tanto que seguía creyendo con más terquedad cada día, que bien en Versalles ó en Saint Germain, existía un rey pronto á restablecer la Inquisición y los derechos señoriales si se le dejaba entrar en París. No hubiera sido capaz de pisar un insecto en su casa; pero en las avanzadas acometía á los gendarmes sin el menor escrúpulo.

Cuando regresaba molido, tiznado de pólvora y cubierto de sudor, pasaba las horas enteras junto al lecho de Luisita oyéndola respirar. Felisa no intentó más detenerle; esperaba con calma de mujer prudente el fin de aquella conmoción.

No obstante, un día se atrevió á indicar que aquel endemoniado Berru no era tan tonto que se expusiese á llevar un balazo, sino que por el contrario había tenido la habilidad de lograr una buena plaza en la Intendencia, lo cual no le impedía ir de gran uniforme, con galones y plumeros, á exaltar las ideas de Damour por medio de discursos, durante los cuales hablaba de fusilar á los ministros, á la Cámara y á todo el tinglado, el día en que hubiesen de ir á prenderlos en Versalles.

—¿Por qué no va él, en vez de empujar á los demás? decía Felisa.

A lo cual respondía Damour:

—Ya puedes callar. Yo cumplo mi deber. Tanto peor para los que no cumplen el suyo.

Una mañana, á fines de Abril, llevaron á Eugenio á su casa en una camilla. Le habían dado un balazo en mitad del pecho en los Molineaux, y al tiempo que le subían espiró en la escalera.

Por la tarde, á su regreso, encontró Damour á Felisa silenciosa junto al cadáver de su hijo. La impresión fué horrible; cayó por tierra, y ella sentada cerca del muro, le dejó sollozar sin pronunciar palabra, porque nada se le ocurría, y porque á decir algo, hubiera exclamado:

—«Tú tienes la culpa.»

Felisa había cerrado la puerta sin hacer ruido por miedo de asustar á Luisa, y se levantó á ver si los sollozos del padre habían despertado á la niña. Incorporado Damour, se

fijó largo rato en un retrato que había en el marco del espejo, representando a Eugenio vestido de guardia nacional. Cogió una pluma y escribió al pié de la tarjeta: «Yo te vengaré.»

Después puso la fecha y firmó. Aquello le sirvió de alivio.

Al día siguiente una carroza cubierta de grandes paños rojos y seguida de inmensa multitud, condujo el cadáver al cementerio Lachaise. Damour iba detrás con la cabeza descubierta y á la vista de aquellos paños rojos que aumentaban el sombrío aspecto de la negra carroza, su corazón se henchía de feroces instintos. Felisa permaneció en casa al cuidado de Luisa, y aquella misma tarde Damour volvió á las avanzadas á matar gendarmes.

Por último llegaron las jornadas de Mayo. El ejército de Versalles estaba en París. Damour no pareció en dos días; se replegaba con su batallón defendiendo las barricadas en medio de los incendios, y sin darse cuenta de sus actos, disparaba el fusil en la humareda porque tal creía su obligación. Por la mañana del tercer día se presentó en la calle Envierges, derrotado, vacilante y aturdido como un beodo. Felisa le desnudaba y le limpiaba las manos con una toalla húmeda, cuando una vecina les participó que los comunistas estaban todavía apoderados del cementerio Lachaise y los de Versalles no podían expulsarlos.

—Allá voy, dijo Damour con naturalidad: Se vistió de nuevo y cogió el fusil. No era en la explanada en que yacía Eugenio donde se habían refugiado los últimos defensores de la Commune. Damour esperaba indecisamente sufrir la muerte sobre la tumba de su hijo; mas no pudo llegar hasta allí. Los cañonazos truncaban los grandes mausoleos; todavía algunos guardias nacionales, escondidos entre los árboles y detrás de los mármoles que blanqueaban al sol, disparaban contra los soldados, cuyos pantalones rojos veían avanzar. Damour llegó al tiempo preciso de que le prendieran.

Treinta y siete de sus compañeros fueron fusilados. El escapó milagrosamente de tan sumaria justicia. Tal vez la circunstancia de tener las manos limpias por no haber tirado después que su mujer se las lavase, había influido en aquel perdón. Ninguna idea tenía de los acontecimientos que le ocurrieron en las siguientes jornadas; tal había sido su estupor y su abandono.

Todo aquello quedó en su memoria á manera de confuso ensueño; horas enteras metido en oscuros lugares, abrumadoras marchas al sol, gritos, golpes, muchedumbres alborotadas, á través de las cuales había pasado. Cuando salió de su aturdimiento estaba prisionero en Versalles.

Felisa fué á verle, como siempre pálida y tranquila. Despues que le hubo participado la mejoría de Luisa, ambos quedaron en silencio sin encontrar qué decirse. Al marcharse le animó afirmando que se pensaba en él y que le sacarian de allí. Entonces la preguntó:

—¿Y Berru?

—¡Oh! respondió ella encogiéndose de hombros, Berru está en salvo... Desapareció tres dias antes de que entrasen las tropas, y no le molestarán.

Un mes despues Damour partió para Nueva-Caledonia, condenado á simple deportacion. Como no tenia grado alguno, tal vez el consejo le hubiese perdonado, si no se le ocurre confesar con aire tranquilo que habia estado haciendo fuego desde el primer dia.

Al despedirse de Felisa la dijo con sencillez:

—Volveré. Espérame con la pequeña.

Esta frase era la que Damour retenia más claramente en la confusion de sus recuerdos, cuando se ensimismaba con la cabeza aturdida ante el despejado horizonte del mar. Muchas veces le sorprendió así la noche. A lo lejos percibia largo rato una claridad que rompía las crecientes tinieblas y sentía un vago deseo de levantarse y andar sobre las olas para marcharse por aquel camino blanco, supuesto que habia ofrecido volver.

Emile Zolá.

(Continuará.)

DEL PRINCIPIO DE LAS IDEAS.

I.

La ciencia primera, príncipe y suprema, es la Metafísica general, la Ontología, ciencia del *ente* ó del *ser*. Despues sigue en importancia la Filosofía, que es la ciencia de la *mente* ó del *saber*.

Todo principio de saber se reduce al estudio del movimiento de la idea de *algo*, á la postura de la *nocion de ser*. Y como las ideas toman por necesidad lógica el carácter del medio en que se propagan, dadme el sitio en que ponen la nocion de ser, un individuo, una institucion ó un pueblo, y sin necesidad de leer su historia, yo os diré cuál es su filosofía, su arte y su moral.

Todas las llamadas ciencias no son más que diferentes aspectos de una sola, y misma idea. Un pensamiento en busca de su origen es *ideología*; desde que tiene la nocion de ser, *ontología*; convertido en tipo de moral, *teología*; hecho imágen, estética, y aplicado á resumir un órden general de conocimientos, *ciencia*.

Así es que la ideología, la ontología, la teología, la estética y la ciencia en general,

todas están fundadas en una base metafísica, porque todas irradian de una misma idea primitiva y absoluta que se transforma en existencia, en sentimiento, en imágen ó en hecho.

Y ¿qué es idea?

Las ideas son los medios de conocer.

Pero ¿cuál es la esencialidad de las ideas? La inteligencia es una cosa que *piensa*, y la materia otra que *pesa*. La sustancia *esencial* del *espíritu*, buscada por los filósofos, y la de la *materia*, perseguida por los sabios, son dos nociones que Dios se ha reservado, acaso para siempre. Nosotros no caeremos en la benemérita simpleza de querer comprender lo incomprendible. En este particular, antes que cometer la deslealtad de escondernos en lo oscuro para mentir á mansalva, nos atenderemos á aquella asercion tan antigua como sencilla que dice: no se *demuestra* lo que se *muestra*.

Las ideas para los ontólogos son realidades *independientes*; para los cosmólogos, *inspiraciones divinas*, y para los psicólogos, *abstracciones*.

Y siendo una ilusion, ó una certeza, que está en el fondo de la naturaleza humana la creencia de que el saber y el bien supremos deben hallarse en alguna parte, la idea primordial y única, ó se la concibe ontológicamente como sér independiente de todo lo creado, ó se la ve formando parte integrante del mundo ó se la juzga dentro de nosotros, creando lo que piensa; de cuyas tres posiciones de la nocion de ser nacen el Dios *creador*, el Dios *Pan* y el Dios *Yo*.

Dios, la Naturaleza y el Hombre son los tres focos supremos donde germina la idea de algo, la nocion de *ser*; y, al partir la idea madre de esos tres puntos radicales, nacen esas tres corrientes de ideas que fecundan el inacotable é inacotado campo de la inteligencia humana, y entonces el Ontologismo, el Panteismo y el Psicologismo son la derecha, el centro y la izquierda de la idea inicial de *algo*, de la primera de las nociones del pensamiento *ser*.

Concebido Dios como persona exterior, independiente de todo lo creado, ó como parte integrante del mundo, ó como espíritu inherente á la conciencia humana, se establecen irremisiblemente esas tres grandes ideas ambientes que rodean y sirven de atmósfera á todas las demás ideas secundarias que en el curso de los siglos, por medio de una compenetracion del mundo ideal en el mundo real, van fecundando las inteligencias de los grandes hombres en todas las esferas de la filosofía, del arte, y de la historia.

II.

¿Cómo llaman los grandes pensadores al Dios objetivo, independiente de todo lo creado?

Pitágoras.....	El número.
Platon.....	La idea.
Aristóteles.....	La causa.
Cristo.....	El Padre.
La Iglesia.....	Dios.

Este principio, considerado ontológicamente, es el sistema trascendental por excelencia. Con esta filosofía no se pueden fundar teorías ni sobre el *mal*, ni sobre la *nada*. Ese absoluto divino, que está fuera y encima de nosotros, es la pauta inmortal de nuestros deseos y de nuestras aspiraciones más santas. Allí van á fortificarse y á renacer las esperanzas frustradas, á buscar el bálsamo de la paciencia los males físicos y á demandar consuelo todas las miserias morales. Por amor á ese Creador que dice á las criaturas: «sé bueno como tu Padre,» se hacen los sacrificios desinteresados, se ejercen las virtudes desligadas de todo egoísmo terrenal; y por esta Autoridad, siempre de origen divino, así en la tierra como en el cielo, se esperan las privaciones y hasta son buscados los tormentos, porque ante el premio que de ella se espera, la vida es una prueba, el dolor una purificación y la muerte una cita en el cielo.

III.

En el calor de una disputa, Calvino, dando con el pié en el suelo, le preguntó á Servet: «¿Y esto también es Dios?»

Y contestó Servet: «¿Y quién lo duda?»

Veamos cuál es la corriente de ideas que fecundan las creencias de los adoradores de este Dios pateado por Calvino, y del cual no dudaba el panteísta Servet.

Segun los cosmólogos, ¿cuál es el principio de todas las cosas?

Thales.....	El agua.
Anaximandro.....	El caos.
Xenófanes.....	El todo.
Parmenides.....	El mundo divino.
Empédocles.....	El fuego.
Plotino.....	El sujeto objeto.
Mallebranche.....	El todo en Dios.
Espinosa.....	La sustancia ó el Dios es todo.
Schelling.....	La identidad del sujeto y del objeto.
Hegel.....	La idea cósmica.
Krause.....	Los seres en el Sér.

Los partidarios de esta filosofía, traspuestos eternamente en una especie de somnolencia sensual, y recostados en el seno de la madre naturaleza, con la frente sepultada en un inmenso gorro de algodón *panteo*, se abisman en los misterios de la sustancia del fetido Dios cosmos, que como filosofía es la creencia de todos los pueblos cobardes y degradados, y que como religion es un emboamiento que acaba por ser la mesticidad del materialismo.

Rumiando la hipótesis, tan vieja como el mundo, de que «la materia es eterna,» y sometiéndose á la incontrastable omnipotencia de sus trasmutaciones, los cosmólogos se resignan á gozar de esa felicidad que consiste en la *apatía*, en la *perfecta inaccion* del alma, dicha que se goza cuando, segun Schelling, el alma se entrega á una *divina pereza*, buscando la inalterable *quietud de la planta*, porque el hombre es tanto más divino cuanto más se parece á los vegetales, y acaso, acaso, á los minerales.

¡Larvas que jamás llegareis á ser mariposas! El tiempo para vosotras sigue inmóvil y sereno. ¡Dormid en paz!

IV.

Despues de ocuparnos en describir los ontólogos que creen en un Dios objetivo, independiente y personal y de los panteístas ó cosmólogos que creen que todo lo creado es una extension de la naturaleza misma del Creador, pasaremos á dar una idea de los psicólogos, que son los que quieren vivir sin Dios y sin Rey, en compañía de su conciencia y apoyados sólo en la caña hueca de su razon.

Y cuando digo su razon, no hablo de la razon pura, sino del razonamiento. La razon pura, es la que, inspirada por las intuiciones, abarca los infinitos como la luz del sol recorre los espacios. El razonamiento es una subrazon forzada á discurrir sobre los hechos ó la conciencia, y parecida á un águila caudal, obligada á volar metida en una jaula de hierro.

¿Dónde colocan los psicólogos la primera idea de ser?

Sócrates.....	Conócete á tí mismo.
Roscelin.....	Todo es nominal.
Abelardo.....	Todo es concepto.
Descartes.....	Pienso, luego soy.
Locke.....	Soy cuanto siento.
Hume.....	Sueño que siento y pienso.
Condillac.....	Soy cuando toco.
Kant.....	Todo está en el yo.
Fichte.....	Todo lo crea el yo.

El psicologismo, que empezó en Sócrates con un exámen de conciencia, ha acabado en los filósofos modernos por ser un caso de patología. El «conócete á tí mismo» es un consejo de auscultacion moral que, tomado con humildad, puede arrojar mucha luz sobre los problemas del alma humana y de la verdad absoluta divina; pero en el curso de los siglos, gracias á una investigacion intemperante, el hecho antropológico de Sócrates ha entrado en el dominio de la clínica, y casi, casi ha llegado á ser un acto digno de una camisa de fuerza, el día aquel en que Fichte, convirtiendo su cátedra en la antesala de un manicomio, concluyó

una de sus lecciones diciendo: «Mañana crearemos á Dios.»

Hé aquí la razon humana en su mayor grado de delirio.

Con perdon de los Luteros de segunda mano, diré que los ideales están arriba, ó no están en ninguna parte. Budha, sentado en el vacío en su postura de empollar huevos, es un tipo más formal y más digno que el egoista Dios-Yo, declarándose centro del universo y haciendo girar al mundo en torno suyo en su exclusivo provecho.

Despues que el *yo* humano, ídolo y adorador de sí propio convirtió su orgullo en una filosofía y su egoismo en un egoteismo, encerrado en su nicho para incensarse como á un Dios, á falta de otras virtudes, tuvo la probidad lógica de acabar por estrellarse la frente de desesperacion contra las paredes de su encierro.

Todo *yo* en accion, sin el freno y la guía de lo absoluto es un caballo de Mazzepa, cuyo ímpetu salvaje le arrastra á caer en todos los despeñaderos de la vida. El Dios sólo un poco malévolo en Descartes, ha concluido en el pesimismo en el Dios *Mal*; y el desdichado Leopardi, despues de proclamar

il commun danno
e l'infinita vanita del Tutto,

el mal de todos y la infinita vanidad de todo, acabó por arrojar al encierro de los psicológicos el cordel con que se pueden ahorcar, diciéndoles que en la vida no hay nada digno de ser envidiado más que los muertos. Job, en medio de su muladar, es bastante más venturoso, creyendo y esperando en la vida futura, que esos pesimistas que acaban por asegurar, de acuerdo con Fichte, «que este mundo es el peor de los mundos posibles.»

V.

La ideología cristiana, convertida en teología por la Iglesia; el viejo cosmologismo, hecho panteísmo por el génio de Espinosa, y el psicologismo cartesiano, llevado hasta la egolatría por los filósofos modernos, han producido estos tres credos, que son las síntesis de los tres sistemas radicales de las ideas:

Ontología cristiana, convertida en teología por la Iglesia:

«Creo en Dios Padre, Todopoderoso, creador del cielo y de la tierra, en el perdon de los pecados y en la vida perdurable.»

Ideología cosmológica, convertida en panteísmo por Espinosa:

«No hay más que una sustancia que se desarrolla infinitamente, por medio de atributos infinitos, infinitamente modificados.»

Psicología yoísta, convertida por Fichte en egoteísmo:

«El mundo exterior existe, que yo sepa, sólo por el yo y en mi.»

Deduciendo las consecuencias de los tres principios que dejamos consignados, Dios, la Naturaleza y la Conciencia, hé aquí como estos sistemas metafísicos resuelven los grandes problemas de la vida:

Nocion de Ser puesta en Dios	Nocion de Ser puesta en la Naturaleza.	Nocion de Ser puesta en la Conciencia.
Moral. --Obra como tu Dios.	Obra segun la naturaleza.	Obra segun tu opinion.
Libre albedrío. Haz lo que debas.	Haz lo que puedas.	Haz lo que sepas.
Derecho. --El derecho hace la ley.	La ley es la fuerza.	La ley hace el derecho.
Autoridad. —La autoridad viene de Dios.	La autoridad nace del más fuerte.	La autoridad nace del mayor número.
Arte. —Imita al mundo superior.	Imita al mundo exterior.	Imita al mundo interior.
Vida futura. —La muerte es el principio de otra vida.	La muerte es una transformacion.	La muerte es la nada.
Etc.	Etc.	Etc.

VI.

Y aunque yo en este resúmen no haré más que deducir imparcialmente las consecuencias de estos tres principios, seria impropio de la franqueza de mi carácter que de cuando en cuando, como he hecho al dirigir las discusiones, no manifestase mis simpatías por las doctrinas que, segun mi opinion, honran, dignifican y consuelan más el espíritu del hombre.

De los tres sistemas, ontológico, cosmológico y psicológico, el único digno de la metafísica es el primero, porque parte de una *idea*; el segundo es un *hecho*, y el tercero un *sentimiento*, y claro es que con los sentimientos y los hechos no se puede constituir ciencia. Para hacer metafísicos estos últimos sistemas, ha sido necesario hacer de la sustancia material una *idea*, y una conciencia *impersonal* y genérica de la conciencia del hombre.

El psicologismo ya ha dado de bruces contra la pared de enfrente. ¿Y dónde acabará? ¡Dios lo sabe! De la parte de acá de esa pared está la razon que discute, duda ó niega. De la parte de allá, no se ve ni siquiera la duda, pues se halla solamente *la nada absoluta*.

Despues que el mundo se convenza de que donde no hay un Dios remunerador, todo pen-

samiento bueno es una fantasía inútil y toda buena acción una cosa estéril, podremos esperar que, inspirándose algunos géneos en la corriente ontológica de las ideas, vuelvan la fé á las almas perdidas para la esperanza, y apoyados por las necesidades imperiosas de la vida y las santas aspiraciones de nuestra naturaleza moral, nos hagan volver á la restauración de un sér providente que, en la hora final y suprema, perdonando las flaquezas de los malos, ponga á los buenos á la diestra de Dios Padre.

VII.

Los primeros iniciadores de una restauración ontológica tendrán que empezar por prescindir del error de algunos católicos que por una mala estrategia han solido admitir los ataques á sus doctrinas en el terreno de la teología, siendo así que sus batallas las debieron librar única y exclusivamente en el campo de la metafísica.

Juzgo peligrosa la táctica de poner á la vanguardia de un ejército y frente al enemigo el objeto precioso por quien se va á la lucha á morir. Lo divino debe estar fuera del alcance de los tiros de las emboscadas hasta despues que se agoten todos los recursos que nos pueda proporcionar el esfuerzo humano.

Las derrotas en la metafísica son contusiones recibidas en el amor propio que puede curar cualquier tóxico anodino; pero toda herida teológica es mortal por necesidad.

Los díscolos tienen á mucho honor el que la Iglesia los excomulgue por impíos. Los ontólogos deben hacer una cosa más eficaz que la Iglesia, y es la de probar á esos díscolos, no que son unos impíos, sino que son unos necios.

Ramon de Campoamor.

TRISTE REGRESO.

Cesó la ausencia tirana...
mas si te acuerdas de mí,
¿cómo es que no brilla ufana
ni una flor en la ventana
de las flores que te dí?

—
Por tí pregunto al llegar,
y me dicen que por bella
triunfas en todo el lugar:
no debes tú ser aquella
enemiga de triunfar.

—
Flor en el valle escondida,
el perfume de tu autor
era mi encanto y mi vida;

hoy que al deleite convida
tedio me causa la flor.

—
¡Ah! ¡Menor fuera mi duelo
si al asomarme á tu puerta
lleno de amoroso anhelo,
te hubiese visto en el suelo
vestida de blanco y muerta!

Manuel del Palacio.

PALOMARES.

(FRAGMENTO DE UNA NOVELA.)

I.

Mosquin.

Las seis. El tren-correo pasa por Veriña á las seis menos cinco. Mosquin tiene que recoger la correspondencia para Palomares y Campal, y todavía se le ve allá muy lejos, subiéndole la cuesta de Entrepeñas á la carrera.

—¡Corre, corre, Mosquin! le grita el peon caminero.

Mosquin no contesta más que con un signo de cabeza, y levantando más las piernas, de modo que casi se pega con ellas en la espalda. Y no lleva zapatos.

—La culpa la tiene el perro de Pinon de Pepa, va pensando el infeliz muchacho, mientras aprieta los puños y echa atrás los codos.

El perro de Pinon todas las tardes le disputa el paso en la carretera. Pinon de Pepa dice que la culpa la tiene Mosquin; que el perro es noble, pero que en haciéndole una, jamás la olvida, y por eso.

Ello es que aquel delegado del Gobierno traba todos los días singular batalla con *el sultan*, emplea en conseguir una victoria que parece una fuga, un buen cuarto de hora, y llega casi siempre tarde al tren.

La misión de Mosquin no se reduce á coger el correo que viene, sino que además ha de dejar las cartas que van á Gijón y de allí vuelven por la línea de Oviedo á esparcirse por toda España. De donde resulta, que las cartas de Campal y Palomares llegan muchas veces á su destino con un día de retraso, por culpa del perro de Pinon de Pepa.

El peaton-correo en propiedad no es Mosquin, sino su padre, que está viejo y baldado, y con permiso de la autoridad delega sus funciones en las piernas de su hijo, muchacho de quince años que apenas abulta lo que uno de diez medianamente criado. Mosquin las más de las noches sueña que va corriendo unas veces, y otras volando por la carretera; y hubo ya noche de soñar que era una diligencia. Buenos pescozones le cuesta en la *estafeta* de

Palomares el no ser diligencia de veras. Porque él corre tanto como los caballos de alquiler de Pepe Telmo, el alquilador de Palomares; pero tanto como los coches no puede, aunque ya lo ha procurado en varias ocasiones. Y eso que, á la vuelta de Veriña, cuando le sorprende la noche en el bosque de Carrió, el miedo le pone alas en los talones. A su padre se le hicieron veneno los años de la vejez, por culpa del oficio, y á Mosquin, el andarín heredero, se le están agriando la infancia y la adolescencia, con las carreras de ida y vuelta. Come bien, pero todo lo gasta en sudores, y está como una espina. Su color es el del afirmado de la carretera. El pelo negro, cortado á punta de tijera, parece peluca gris, y llenas de polvo tiene siempre las grandes cejas y las pestañas rizadas, largas y sedosas. que sirven de dosel á dos ojos muy negros y llenos de asombros y quimeras.

Mosquin es un poeta de quince años; su musa el miedo. La expresion de su rostro de ángel escuálido, es una seriedad prematura y de soñador. A pesar de sus recios músculos, es de facciones afeminadas.

Cuando estuvo en Palomares, de paso, el Conde Patricio, los pillos de playa, al ver á la niña que el *cómico embrujaba* clavándola agujas en las muñecas, exclamaron:

—¡Ay, ay; se parece á Mosquin! Y la llamaron la Mosquina.

El peaton-mosca no vió trabajar al Conde y los suyos, porque él nunca veía la *comedia*; no tenía tiempo. Correr y más correr, ir y venir, eso era lo que él hacía. Los encontró, si, en la carretera; viajó al lado del carro que los llevaba largo rato, segun su costumbre. Tentaciones tuvo de escaparse con ellos, si le querían. Pero se acordó de su abuelita, y en llegando á la estacion tomó la correspondencia y se volvió á Palomares.

Aquella noche al acostarse, muerto de cansancio como siempre, le pidió un beso á la abuela, ciega, metida en cama hasta la muerte, y le dijo al oído:

—Abuelina: si todo lo que yo he corrido yendo y viniendo de Palomares á Veriña, de Veriña á Palomares, de Palomares á Campal, de Campal á Palomares: si todo eso lo hubiera corrido á lo largo, á lo largo... ¡qué lejos estaría á estas horas de tí!

¡Lo que él quería á su abuela, porque no tenía madre!

—¡Abuela, abuela! gritaba llorando, años atrás, cuando aún no era correo interino y jugaba en el campo de la Braña con los pilletes sus coetáneos, que le machucaban lindamente entre todos; porque uno á uno se le atrevían rara vez. La abuela acudía con la muleta enhiesta y repartía, á palo limpio, jus-

ticia distributiva. Ahora ya no podía acudir al socorro de Mosquin en los casos de apuro. Verdad es que ya nadie le molestaba, como no fuese algun moceton de la aldea, de los que volvian de alguna romería por Entrepeñas, borrachos y garrote al hombro. Los de su edad no se metian con él; pero tampoco tenía grandes amistades. Su oficio no le dejaba tiempo para intimar con sus pocos amigos, y, valga la verdad, el andarín tenía un defecto que en Palomares, villa metida en el mar hasta las cachas, era una ignominia segun el código de honor de los pillos de playa: Mosquin no sabia nadar, Por tierra todo lo que se quisiera; pero por mar, ni un paso. Se iba al fondo enseguida. A la edad en que otros aprendian á flotar, de cinco á ocho años, á él le habian dado varias bromas pesadas, tal como tirarle vestido desde el muelle al agua, y habia cogido un miedo invencible á las olas. No se embarcaba jamás. Si, por hacerle rabiar, le metian á la fuerza en un bote, se agarraba con las uñas á una escalera ó á un cable de los que sujetan las lanchas, y trepaba hasta llegar á tierra firme, para huir llorando á gritos y clamando:

—¡Abuela, abuela, que me quieren ahogar! No le gustaba el mar mas que de lejos. ¡Oh, y de lejos mucho, ya lo creo; más que á todos!

A veces, cuando iba con tiempo sobrado, despues de la cuesta de Albandi, se paraba á descansar en un prado de Carrió que tiene un gran pino, como una palmera, y una yerba que parece cortada á tijera, muy verde y limpia como si fuese alfombra de terciopelo. Allí se sentaba, debajo del pino, y horas y horas permanecia ensimismado mirando el horizonte y las velas blancas, heridas por el sol poniente. Despues, cerca de la noche, aquellas cabritas, que tal se las figuraba, que estaban por allí esparcidas pastando en aquel gran prado azul, se iban acercando todas al aprisco, que era el puerto; y Mosquin se levantaba entumecido, sacudía la pereza y los ensueños, y echaba á correr; á correr, que era su destino. Para él no eran los juegos de los muchachos, ni el salto, ni el pio-campo, ni el cachipote, ni la piñota; las pocas horas que el Gobierno le dejaba libres, las empleaba en comer y dormir, y lo poco que holgaba despierto, no lo quería para cansarse corriendo inútilmente. Si quería satisfacer la necesidad de divertirse, que en el niño es ley de la naturaleza, ingeniosamente combinaba con su trabajo el recreo de jugar á los alfileres, á pares ó nones, poniendo por condicion á la parte contraria que le acompañase un trecho del camino.

La cosa se hacia de esta manera. Mosquin cargaba con su gran cartera de *Correo* (con letras de metal amarillo), emprendía el viaje

por el atajo, como siempre, y otros muchachuelos, los más aficionados á la ganancia, consentían en acompañarle á paso largo, y á veces al trote; y unos á otros mientras andaban, se enseñaban un puño cerrado.

—¿Pares ó nones? decía el amigo caminando al lado ó delante de Mosquin.

—Pares, decía Mosquin, corriendo también.

Ganaba ó perdía, y se entregaban los alfileres ó los botones sin pararse nada y religiosamente. Cuando la ley del juego se desconocía por alguno, ó era dudosa (como sude suceder; hay grandes antinomias en los juegos de los chicos y la autoridad no ha pensado en esto), se discutía el punto del debate ó se llamaba al orden al delincuente, sin dejar de correr, á no ser que llegase el caso de repartir puñadas y coces; entonces Mosquin se defendía ó atacaba, procurando no perder camino.

Otras veces se jugaba á un juego que llamaban *goncia*, Dios sabe por qué, que consistía en tocarse unos á otros, y el tocado tenía que dar á otro, y así hasta que se cansaban. Pues con Mosquin, para jugar á *goncia* era condición indispensable correr siempre hácia adelante: así se divertía y adelantaba camino.

Como es fácil comprender, no siempre encontraba el andarín quien se prestase á jugar en tales condiciones, y las más de las veces solito se iba desde Palomares á Veriña, de Veriña á Palomares, de Palomares á Campal, de Campal á Palomares. Para él no había días de fiesta; cuando llegaba la *comedia* al pueblo (titiriteros, polichinelas, músicos con monos y perros, cómicos, propiamente dichos, etc.), Mosquin no disfrutaba del espectáculo, según va indicado. Por el verano, el gran tiempo, cuando acudían á Palomares, Campal y Luanco los señores bañistas y había para los pillos de Palomares (allí siempre llaman pillos á los niños pobres, hijos casi todos de marineros) grandes regocijos públicos y no poco provecho, según se verá más adelante, Mosquin oía con embeleso, hecha la boca agua, todas aquellas maravillas; pero no tomaba casi nunca parte en tamañas fiestas.

Sin embargo, él también quería el verano, porque en este tiempo viajaba más acompañado. Cuando algún Bañista llegaba á Veriña, Mosquin se le presentaba ofreciéndole sus servicios de peaton-correo en comisión, y le decía que en casa de Ignacio había tartana para ir á Palomares y Campal; que el coche no era diario; si había más de tres pasajeros salía, y si no, no. Lo preferible era tornar un caballejo que tenía Ventura el estanquero. Cuando el viajero se decidía por el caballo, Mosquin veía el cielo abierto. Sin pensar en el vil interés, se prestaba á servir de espolista (espolique), sólo por el gusto de ir cerca del forastero, cor-

riendo al lado del tordo de Ventura, jadeante, con la lengua fuera, la cartera del *Correo* saltando sobre su espalda, pero incansable en preguntar, siempre anhelando lucir su buen ingenio y saber portentos de tierras extrañas. Si el *señor* era embustero, Mosquin se lo agradecía y le animaba y sonsacaba para que dijera mayores mentiras; lo que él quería era oír cosas estupendas, maravillas de distancias, riquezas, peligros y demás sucesos y seres extraordinarios. Cuando el viajero dudaba en soltar una buena *bola*, él, preguntando, suplicaba que saliese lo más grande posible. Por ejemplo:

—Cuántas leguas haba, de aquí al pueblo de usted?

—Habrá unas...

—¿Unas *milenta*? preguntaba el chiquillo con los ojos inflamados de asombro, con la pasión del portentoso.

—Sí, unas mil habrá, decía el otro.

Y el espolique callaba un rato para ir admirándose á sus solas y figurándose el camino de las *milenta* leguas.

—¿Habré yo andado ya *milenta* leguas desde Palomares á Veriña. de Veriña, etc? decía por lo bajo su ambicioso pensamiento. No, todavía no, ¡quí! Pero cuando sea como mi padre de viejo, si sigo de correo, habré andado mucho más.

Una vez le habló un viajero de marinos, que tantas vueltas hablan dado por el mar, que ya tenían en el cuerpo millas de sobra para haber podido llegar hasta la luna.

—¡A la luna! exclamaba Mosquin. ¡Ese es un viaje, y no ir y venir de Palomares á Veriña, de Veriña á Palomares.

A pesar de sus instintos de viajero universal y hasta interplanetario, Manolin (este era su nombre en diminutivo), amaba el camino de Veriña á Palomares con el alma hecha toda raíces pegadas á aquella tierra. Viajaba mucho con la imaginación; pero en todos los países lejanos y maravillosos que él se figuraba, había castañares como aquellos, ríos como el río Aboño, paneras con sus cuatro *pegollos* (piés de piedra), maíz en las tierras ó colgado en los hórreos, cerezos y manzanos, prados de menuda yerba, espesa y reluciente, vacas medibundas que producían al mover la robusta cerviz melancólico son de campanillas; perros que al oscurecer ladraban á lo lejos; chirridos de insectos en los senderos de los atajos á las doce del día y al comenzar la noche; conciertos de ranas al ponerse el sol; duos de sapos, tristes dulcemente, junto á los charcos de las callejas, donde cada árbol llega hasta el vecino de enfrente con sus ramas, y de noche da más sombra en la sombra...

Todo aquello que, colores, líneas, aromas,

ruidos, luces y sombras alegrías ó miedos, armonías ó estruendos, tenia llena el alma del poeta adolescente, correo-peaton interino, lo veía Mosquin en cualquier país que sonaba, aunque fuese todo él de oro ó plata y las casas castillos con princesas, como en los cuentos de D. Genaro el de la estafeta (personaje del capítulo siguiente).

En cuanto á las princesas que habitaban los países imaginarios que recorria el peaton en miniatura, solían ser muy parecidas á las damas de la córte que él tenia el honor de acompañar desde Veriña á Campal ó Palomares.

Era Mosquin muy enamorado, como buen soñador, y bastábale un viaje de hora y media hecho al lado de una de aquellas bañistas elegantes que venian de Madrid y de más lejos, para sentirse traspasado por un profundo amor que le llenaba, si no el corazon, la cabeza de dulcísimos ensueños, muy parecidos en su pereza dolorosa, á las tristezas del viento, susurrando entre los árboles del bosque de Caneó, á la melancolía de las desiertas marismas del Abono, á los misteriosos ayes de todo el valle á la hora de comenzar la noche...

El que piense que es inverosímil este Mosquin enamorado de princesas imaginarias, semejantes á damas de carne y hueso, espere, antes de juzgar, á conocer al citado D. Genaro el de la estafeta, personaje importante de esta verídica relacion, versado en literatura contemporánea, y que de haber sido ménos borracho, hubiera ocupado un puesto envidiable entre los críticos de nuestra época.

Ya explicaremos cómo y por qué este Don Genaro leía tantas novelas de Perez Escrich, Fernandez y Gonzalez, Tárrago y Mateos, Parreño, Cantor y otros escritores de la misma escuela. Por ahora baste decir que Mosquin habia oído á su digno jefe relatar el *argumento* de innúmeros libros de imaginacion, y á la suya hablan llegado transformados y mejorados sin duda por la elocuencia del estafetero, muchos dechados de romanticismo casero, como v. gr.: Roque, el cura de aldea; la señorita de que este Roque estuvo enamorado y de cuyo nombre yo no me acuerdo, sin que esto importe á la verdad de mi historia; Rafael, el héroe de *El corazon en la mano*, su novia y otros muchos séres ideales, que podrán ser más ó ménos ridículos á los ojos de un crítico imberbe de esos que ya no creen en la estética de Hegel y alborotan el Ateneo; pero que en el pensamiento de Manolin, el peaton interino, se transformaban en pulquérrimos tipos de belleza psicológica y material.

Debíase, repito, esta trasformacion y mejora, en parte al valor nativo de la fantasía pura del niño, y además á las alteraciones del narrador, D. Genaro, que mezclaba sus sueños

con los de Fernandez y Gonzalez, por ejemplo. Yo siento que la verdad histórica me obligue á reconocer este abolengo de las fantásticas invenciones de Mosquin; pero tan prosaico origen no impedia que las visiones del pobre correo fuesen tan poéticas y limpias de todo elemento cursi, como verá el que leyere.

Clarín

MÉDICOS FORENSES.

Frecuentemente la variedad en la práctica arguye oscuridad en la ley, mas no siempre reconoce esa misma causa, pues á veces procede del descuido en su estudio ó de la ignorancia de sus relaciones históricas.

Acaso no habrá dos Juzgados donde los médicos forenses redacten de un mismo modo sus dictámenes sobre las heridas, y en muchos se observan tantas reformas en este servicio como dignatarios ocupan la silla curial. Unos exigen que el parte facultativo venga en forma de oficio; otros por comparecencia; otros por declaracion jurada ante el actuario, como si el funcionario debiera equipararse al mero testigo; aquel se contenta con la descripción técnica de las lesiones; este otro requiere el pronóstico; no faltando quien exija la calificación de graves, ménos graves ó leves, á pesar de constarle que la ley no da otro metro para esta intensidad que el tiempo de curacion ó de inutilidad del lesionado, y cuanto se siente á priori ha de ser aventurado y ocioso.

En vano algun médico ha tratado de sostener que en sus primeros dictámenes sólo debe expresar si ofrecen ó no peligro las lesiones, único dato que puede servir de base á ciertas medidas preventivas como las referentes á la seguridad de la persona del procesado, etcétera, perfectamente previstas y clasificadas en el Real decreto de 3 de Setiembre de 1853. Apenas muestran los médicos el mas ligero rebozo en anticipar apreciaciones que puedan comprometer su reputacion científica, se ven apercebidos, conminados y apremiados hasta que emiten la arriesgada calificacion, que despues han de reformar con arreglo á la base inflexible de la duracion, necesitando dar explicaciones de los accidentes que han venido á trastornar el curso natural de la convalecencia, razones tan desatendidas despues en definitiva, como el pronóstico y sus fundamentos.

Creyóse haber resuelto este problema el artículo 503 de la moderna ley de enjuiciamiento penal (mal llamada criminal), concediendo á los jueces ilimitado arbitrio para la prision preventiva; mas lejos de haber producido tan provechoso efecto, puede decirse que ha empeo-

rado la condicion de los médicos, en cuya reputacion pretende descansar la judicial, exigiéndoles con más premura el pronóstico y dejando al criterio ajeno el trabajo y responsabilidad del propio.

El médico entendido y circunspecto debe limitarse á explicar el aspecto é intensidad ostensible de las lesiones, calificándolas ó no de peligrosas, segun la region que ocupen, puesto que su profundidad le sea desconocida no siéndole lícito valerse de la sonda.

El pronóstico, sobre ser inútil, puede ser perjudicial; pues anunciando la autorizada voz del facultativo que las lesiones deberán desaparecer en los siete primeros dias, el juez instructor puede descuidar el sumario ó dejar de instruirlo, esperando juzgar el hecho en juicio verbal. En estos siete dias acaso desaparezcan los comprobantes del delito ó de la imputacion; se pongan de acuerdo los ofendidos y ofensores proporcionándose el reo la fuga ó la impunidad; despues se comuniquen el mal estado del paciente atribuyéndolo á causas incidentales; más tarde se diga que el padecimiento ha tomado un aspecto alarmante, y últimamente que el lesionado ha fallecido por la complicacion de causas heterogéneas ú ocultas.

El hecho habrá recorrido en pocos dias los caracteres de falta, lesiones ménos y más graves y homicidio, sin responsabilidad del facultativo, del juez, ni del reo á quien dejamos en salvo desde los primeros dias de espectacion, todo por haberse atendido al peligroso pronóstico.

Siempre que se someta una herida al tratamiento quirúrgico, se debe instruir un sumario, reputando desde luego peligrosas las de ciertos lugares, y adoptando todo género de precauciones, especialmente cuando sean de profundidad desconocida.

Aún no contamos con un artículo del Código que castigue el uso de armas blancas como se ha hecho con el de las de fuego, ménos frecuente que aquel; pero pudieran inclinarse entre tanto los Tribunales á uniformar las medidas preventivas del sumario con arreglo á los signos externos, sin exigir de los médicos el sacrificio de su anticipada opinion, y respetándola despues cuando fuere oportunamente emitida, dándola en la sentencia el merecido lugar en la apreciacion de causas y de la gravedad intrínseca de las lesiones, hasta tanto que el progreso natural de la ciencia jurídica modifique ese tipo antitécnico de la duracion, sustituyéndolo enteramente por el juicio pericial

La gravedad de las heridas no puede medirse por el tiempo, aunque éste constituya uno de tantos datos que deban tenerse presentes

al calificarlas. La conducta del paciente, su temperamento, sus condiciones humorales, las del país, etc., son otras tantas bases tan atendibles como aquella, viéndose con frecuencia cicatrizaciones cuya brevedad sorprende á los médicos mismos y otras que presentan una pertinacia increíble.

Si un funcionario digno ó varios son los encargados del tratamiento que tanto ha de influir en la duracion de las lesiones; si en su mano y en su interés está la dilacion de la asistencia, y les hacemos la justicia de creer que no han de abusar de sus facultades, ¿por qué no hemos de confiarles la calificacion en toda su intensidad?

Si esta fuese la única regla á que hubieran de ajustar los Tribunales su criterio, produciendo necesariamente soluciones precisas y determinadas, podria discutirse la competencia entre unos y otros sacerdotes de la justicia; pero si además han de apreciarse las circunstancias del hecho, la participacion que en él hayan tenido los concurrentes, las condiciones históricas de éstos, etc., etc., ¿qué mengua sufriria el arbitrio judicial con la amplitud que se diese al juicio de los peritos? Una breve reforma del art. 431 del Código y otra más sencilla del 642 de la ley adjetiva regularian este importante servicio conciliando la armonía y el lustre de dos clases tan respetables.

¿No resulta á veces que una leve lesion constituye un homicidio frustrado? Pues si esta apreciacion no depende de la duracion de las heridas, ¿qué se adelanta con ceñir á ella la intensidad punible de las mismas? Siempre será este tipo tan inseguro en la realidad, como exacto en la apariencia, semejante á un metro de acero para medir una cinta de goma.

La recusacion á que deben estar sujetos los médicos como todos los peritos, garantizaria su imparcialidad, y habiendo imparcialidad é idoneidad, ¿por qué no ha de haber autoridad y confianza?

Siendo indispensable á la vida social esa fé del hombre en el hombre, esa deferencia del interesado al criterio imparcial del extraño, no trayendo los jueces origen divino ni dotes prodigiosas, ¿qué razon hay para someter á su criterio cuestiones que puedan resolverse por otro más ilustrado en aquella materia?

¿Quién pone precio á los objetos hurtados para la graduacion de la pena segun el artículo 531 del Código? Los peritos, sin sujetarse á otra regla que á sus propios conocimientos. Y cuando se trata de otra apreciacion más complicada y de funcionarios de superiores estudios ¿se les ha de ceñir á una pauta tan matemática como insegura?

Hoy que la justicia se va secularizando y

que la sociedad parece recobrar su derecho tuitivo sobre los delitos descentralizándose ese poder moralizador y correctivo, veríamos con gusto repartirse la competencia y responsabilidad de los funcionarios con prudente libertad.

Entre tanto, no serán extrañas las reclamaciones y aún las huelgas de los médicos forenses.

José Maria Reina.

REVISTA POLÍTICA EXTERIOR.

El conflicto franco-chino; impotencia del Celeste Imperio.—La situación interior en Francia.—Nuevo aspecto del conflicto religioso en Alemania.—La política del czar; sus consecuencias en el exterior.—La actitud de Inglaterra; situación en Egipto.—Las colonias británicas del Sur de África.—El proceso de los ministros noruegos.—Paz chileno-peruana.

Bien hacían algunos en no conceder desde el principio más que una importancia muy escasa á los temores, que sinceros en unos y fingidos en otros, venían manifestando varios periódicos extranjeros acerca de un conflicto próximo, quizás una guerra entre Francia y China. Hasta los que más influyeron para crear esa especie de pánico, parecen hoy dispuestos á confesarse vencidos y declarar paladinamente su error ó su exageración.

Y no podía suceder otra cosa. Nadie que se haya tomado el trabajo de meditar un poco sobre los sucesos ocurridos en el extremo Oriente de algunos años á esta parte, podía tomar en serio las amenazas de una intervención armada de China contra la acción de los franceses en el Tonkin. El Celeste Imperio tiene demasiadas cosas en qué pensar que le tocan bien más de cerca que los intereses del emperador annamita.

Ante todo, tiene pendiente con el Japon la cuestión de las islas Lin-Tchu y la de Corea. Las negociaciones entabladas sobre ese punto no han dado aún resultado definitivo, y á creer en la veracidad de algunos corresponsales, el tono altivo de las notas diplomáticas japonesas, no hace suponer que los chinos sean los que más ventajas llevan en la contienda.

Una guerra de la China con cualquier potencia europea, daría ocasión al Japon para resolver militarmente y en beneficio propio estas dos cuestiones en litigio, y la cosa podría costar muy cara á los hijos del Celeste Imperio.

Por otra parte, la actitud de Rusia que es una amenaza terrible para los chinos en todo tiempo, podría muy bien convertirse en inminente peligro, tan pronto como los diplomáticos moscovitas vieran una oportunidad de poner en práctica, el refrán tan conocido de «á río revuelto ganancia de pescadores,» porque no la habían de desaprovechar, para desquitarse de lo sufrido por el célebre tratado de

Kuldja de que tanto se habló á su tiempo, y que los rusos no consideraron jamás solución definitiva al problema que tienen hace años planteado en el Asia central.

Finalmente, en el interior el gobierno chino se vería muy comprometido si cometiese la imprudencia de buscar una guerra que, amen de injusta, sería inoportuna, á causa de la actitud de los levantiscos Tai-pigs y de los musulmanes de Jun-nan, que aunque sometidos en la apariencia desde que el gobierno dominó su insurrección, aguardan el momento oportuno para volver á levantarse en armas. Lo mismo se puede decir á propósito de las aspiraciones á la independencia que tienen multitud de tribus turcomanas que en un tiempo constituyeron una nación, cuyo jefe era el emir Jakub-Bey.

Y todo esto que nosotros vemos, que ve Europa entera, no puede pasar inadvertido en elevadas esferas de Pekín, donde siquiera por esto han de predominar ideas de prudente reserva y temores de meterse en aventuras que pudieran resultar muy perjudiciales.

China es, por tanto, impotente para declarar la guerra á cualquier potencia europea, y repito, es imposible que los hombres que rigen los destinos de aquel vastísimo imperio no se den cuenta de esa impotencia.

No quiere esto decir que no haya allí un *partido de la guerra*, al que aludía de seguro el diplomático chino que en Moscou conferenció hace pocos días con el corresponsal de la Agencia Havas.

Sí; ese partido existe, en efecto, y sus ilusiones fueron muy bien explicadas en el artículo de un periódico de Shanghai que se publica en inglés.

Segun este periódico, el ardimiento con el cual algunos chinos parecen desear un conflicto con el extranjero, proviene, en parte, de la ignorancia de algunos mandarines, y en parte, de la vanidad ridícula de otros.

Así se explica, que no hace mucho tiempo, algunos altos personajes predicaran y aconsejaran la guerra con Rusia sin tener ni una ligera idea del poderío militar de ambas naciones, y á aquellos mismos y otros, aconsejen y prediquen ahora una guerra con Francia.

Pero el general Li-Hung-Tchang, hombre importantísimo de aquella tierra, y uno de sus pocos militares ilustrados, está hartado de la organización militar de los pueblos occidentales, y tiene demasiado recto juicio para hacerse ilusiones sobre la verdadera valía de los exóticos soldados que habría de conducir al combate si llegase el caso.

Esta circunstancia sola, basta para hacer, no diré imposible, porque en este mundo hay pocas cosas que lo sean, pero sí muy poco

probable y muy irracional, que los sucesos que se preparan en el Tonkin puedan nunca llegar á ser causa de un conflicto armado entre la república vecina y el lejano imperio de los chinos.

*
* *

Si bien ese asunto del Tonkin es la cuestion del dia en Francia, no por eso debe suponerse que durante la pasada quincena no hayan ocurrido en la vecina república cuestiones importantísimas que no deben pasar inadvertidas.

Dejando á un lado el semi-conflicto religioso que ha sido satisfactoriamente resuelto, gracias á la actitud benévola que la córte del Papa, por una parte, y por otra la del gobierno francés, la discusion que se ha verificado en la Cámara con motivo del proyecto de ley sobre la magistratura, ha presentado interés capitalísimo. Tratábase de una cuestion árdua no tan sólo porque se relacionaba con una reforma radical del poder judicial del país, sino tambien por los factores de carácter político que necesariamente habian de entrar en el problema.

Desde antes del advenimiento de la República actual ocupaban cargos de magistrado funcionarios más ó ménos idóneos que parapetados tras del principio de la inamovilidad, aprovechaban su influencia y su valía para hacer propaganda contra las instituciones republicanas que el pueblo francés, en uso de un derecho indiscutible, se ha dado á sí mismo, y á favor de sus ideales imperialistas. Varias veces y en distintos puntos esta actitud de esos funcionarios ha creado, de diez años á esta parte, conflictos contra los cuales han trabajado mucho para defenderse los distintos ministerios que de entonces acá se han sucedido en el poder.

El mal era grave; urgía poner enérgico remedio, y al fin apareció un ministro con la energía suficiente para romper con añejas preocupaciones y plantear resueltamente el problema.

El proyecto por él redactado tropezó, como era natural, con gran oposicion en la Cámara y en la prensa. De un lado los que se sentían perjudicados con la reforma, de otro los que olvidando que no se puede hacer política de *sensiblería*, creen faltar á sus principios defendiendo un proyecto atentatorio á la inamovilidad de la magistratura, han combatido con todas sus fuerzas una ley que no por eso dejó de triunfar en la Cámara de los diputados. Dícese ahora que es muy fácil fracase en el Senado. Yo lo dudo, porque obrando así ese alto Cuerpo colegislador inaugurará de nuevo la

era de sus desavenencias con la Cámara y excitaria contra sí la odiosidad de una gran parte del país que hace tiempo acecha la ocasion de reformar la máquina de la gobernacion del Estado, quitando de enmedio esa rueda que se llama Senado y que muchos consideran inútil cuando no perjudicial.

La situacion interior de Francia es bastante satisfactoria y probablemente seguirá siéndolo, porque estos dias no ha de haber asunto capaz de distraer la atencion, fija en los asuntos del Tonkin, en los cuales van envueltos intereses altísimos de conveniencia y de honra nacional, que la opinion pública dejará de seguro á cargo del gobierno actual que tan bien ha demostrado su actividad desde el momento en que esta cuestion comenzó á revestir caracteres graves.

*
* *

El eterno problema de las relaciones entre la Iglesia católica y el imperio aleman, ha variado mucho de aspecto durante los primeros quince dias de Junio.

Las negociaciones entabladas entre ambos poderes habian fracasado; todos creiamos aplazada por ahora la solucion de ese asunto interminable, cuando el canciller de hierro, el gran Bismarck, que es el hombre de las sorpresas, ha presentado á la Cámara de diputados de Prusia un proyecto de ley político-religiosa que es, hablando en plata, la destruccion del célebre *Kulturkampf*, que tanto molestaba á los católicos alemanes y por cuya abolicion venia luchando la curia romana y el partido ultramontano del imperio.

La aparicion del proyecto ha tenido resonancia inmensa allí y en el extranjero. La prensa germánica y despues toda la de Europa, cogió el asunto por su cuenta, desmenuzó el articulado del proyecto, analizó hasta la más insignificante de sus cláusulas, y comentó, no ya la accion ostensible, sino hasta el pensamiento íntimo de Bismarck al redactar el proyecto.

En él abdica, el canciller de una porcion de derechos que tenia el Estado en materia de nombramientos eclesiásticos y otros, con lo cual ha descontentado á los partidos liberales; pero no hace todas las concesiones necesarias para satisfacer á los ultramontanos, de donde resulta que el príncipe de Bismarck no ha contentado á nadie. Verdad es que sólo las exigencias de los clericales alemanes podian darse por poco satisfechas con la nueva ley que los favorece grandemente, lo cual no diré yo que sea una injusticia; pero sí es una gran concesion para hecha por un Estado cuya religion no es desgraciadamente la nuestra.

Para que nada faltase á colocar en situacion difícil al canciller de Guillermo III, su órgano en la prensa, la *Gaceta de la Alemania del Norte*, que hace unos dias habia guardado silencio, publica ahora un artículo explicando los móviles de la conducta del gran canciller. El trabajo en cuestion, tengo para mí que ó es una gran torpeza ó una imprudencia insigne, porque tiende nada ménos que á decirnos que Bismarck no ha tenido para nada en cuenta los intereses de los católicos alemanes al satisfacer ahora algunas de sus aspiraciones, sino que ha obrado sencillamente á impulso de su ódio á los partidos liberales, que en su afán de crear obstáculos al gobierno y buscarle enemigos, no vacilaba en hacer de ese asunto un arma de oposicion.

Veíase el canciller entre la espada y la pared, entre los dos términos de un dilema ineludible: ó abdicar parte de sus derechos ó entregarse á merced de la influencia de los liberales, y no ha vacilado ni un momento en inclinarse á la primera de esas cosas.

Lo peor es que todo eso resultó exacto, y que tanto cinismo disgusta aún á los mismos que han salido gananciosos con la sentencia que ha recaído en ese pleito, en que Bismarck era juez y parte á la vez.

*
* *

Aún no habían llegado á nosotros los últimos ecos de las fiestas suntuosas que se celebraban en Moscou con motivo de la coronacion de Alejandro III, cuando ya habíamos perdido las esperanzas que manifestaba yo en mi último artículo, sobre las consecuencias probables que la coronacion tendria para el pueblo moscovita.

No; esos festejos no marcarán la entrada de una nueva era política para los rusos. Alejandro III, á quien de nada sirve la dolorosa experiencia de lo que ocurrió á su ilustre antecesor, se ha empeñado, como éste, en que su reinado no se señale por el renacimiento de un gran pueblo.

Toda su generosidad se ha limitado á perdonar á algunos criminales, á olvidar algunos delitos políticos y conceder ciertas disminuciones de impuestos á los campesinos y nada más.

Error gravísimo han cometido los consejeros del czar, y á la fecha en que esto escribo habrán comenzado á conocerlo, porque los nihilistas, que habian tenido la prudencia de adoptar una actitud pacífica durante los últimos festejos, empiezan, apenas éstos terminados, á agitarse de nuevo; los revolucionarios templados confeccionan programas políticos que circulan profusamente entre las clases

ilustradas del imperio, y mientras las poblaciones rurales, con un entusiasmo que se parece mucho á estúpido fanatismo, aclaman con locura al emperador y las clases elevadas lo adoran y reverencian más, porque sostiene sus privilegios, el horizonte político va ennegreciéndose con densas nubes que amenazan descargar furiosas contra las instituciones allí vigentes que acaban de perder una gran oportunidad de afianzarse y robustecerse.

Esto perjudica también á los proyectos de política exterior, á las aspiraciones de los rusos en la Europa central y en el centro del Asia.

En esta última region, la actitud de la China, de que hablo al principio de este artículo, pudiera muy bien prestarse á la realizacion de ensueños de engrandecimiento que Rusia acaricia hace ya tiempo, mientras que la cuestion de navegacion por el Danubio y los disturbios en la Albania, donde hace pocos dias han vuelto á levantarse en armas las tribus montañesas en son de guerra contra Turquía, favorecerian, cuando llegare el momento oportuno, las aspiraciones moscovitas, si los encargados de perseguirlas no tuvieran que ocuparse tanto de los peligros que les amenazan dentro de su casa.

Pero no pudiendo olvidar éstos, en vano cultiva el gobierno ruso, con miras egoístas, la amistad de los ingleses, que pudiera serle provechosa. En vano apoya la política de la Gran Bretaña en Egipto; en vano se adhiere á las enérgicas manifestaciones del sultan con motivo de los proyectos de reformas de la Armenia, porque todo ha de ser inútil, aún cuando ellos opinen otra cosa.

Verdad es que Inglaterra tampoco hace más que tentar el vado, como vulgarmente se dice, con su lenguaje contra la política colonial de Francia y sus amenazas relativas al canal de Suez. Los hechos me han dado la razon en estos dias.

A pesar de la seriedad con que algunos periódicos de Lóndres sostenian que su gobierno se hallaba dispuesto á impedir á todo trance la accion de los franceses en Madagascar, éste ha permanecido absolutamente neutral ante la energía con que el almirante Pierre comenzó sus operaciones de guerra contra los malgachos. La Gran Bretaña comprendió que no era lógico querer evitar lo que ella hace con tanta frecuencia, y se ha contentado con censurar la conducta de los marinos franceses en aquella isla africana y el bombardeo de algunos pueblecillos de la costa. Mas de ahí no ha pasado, y lo mismo sucederá seguramente tan luego como comiencen, si comienzan, las operaciones en el Tonkin.

Y parece mentira que Inglaterra tenga ganas de dar lecciones de conveniencia á los extraños, cuando tanto tiene que pensar en la suya. A donde quiera que se mire, se ven en situacion anómala los intereses de la Gran Bretaña. Las ventajas que creyó sacar de su actitud en Egipto están muy comprometidas, por no decir que han desaparecido por completo. La situacion no puede ser más grave; los indígenas no disimulan su antipatía hácia los invasores, y á creer en las noticias que estos dias ha podido leer todo el mundo en los periódicos extranjeros y en los informes de las agencias telegráficas, la situacion se parece mucho á la que precedió á la última insurreccion de Arabi.

Por otra parte en el Sudan el general Hicks y su ejército anglo egipcio no son más afortunados, y por lo tanto pierden la única oportunidad de hacerse simpáticos que les quedaba.

Las desdichas inglesas no están reducidas á la region septentrional de Africa, porque las cosas andan tan mal ó peor en las colonias británicas del Sur del continente.

Las noticias de estos días indican que el gobierno británico cometió un error no pequeño, al restaurar en la forma que lo hizo al rey Cettiwayo.

Las tiendas civiles que han tomado carácter belicoso en la tierra de los zulúes, redundan hasta ahora en perjuicio de Cettiwayo, cuya autoridad está muy quebrantada.

A esto se unen los demás disturbios en el país de los basutos, en el Estado libre de Orange, en el Transvaal, en la Pondolandia.

El gobierno colonial de Buena Esperanza no sabe ya qué hacerse, y ha recurrido, claro es, al de la metrópoli, consultándole lo que debe hacer.

Y ahora Mr. Gladstone que tiene en el interior hartas cosas en qué pensar, tendrá que dedicar su atencion preferente á esos asuntos coloniales, cuya solucion no es nada fácil, por cierto.

*
* *
*

El proceso de los ministros noruegos no camina tan deprisa como creimos todos al ver la actividad que reinaba en ese asunto. Los procesados han hecho uso de un derecho que tienen con arreglo á la Constitucion, cual es el de recusar los jueces, y los han recusado de tal modo, que resulta no hay tribunal posible para juzgarlos.

Las Cámaras reunidas han suspendido el procedimiento contra los consejeros de la Corona, para discutir esa dificultad no prevista en la Constitucion, y acordar la manera de resolverla.

Este era un recurso extremo que los ministros guardaban para las grandes ocasiones, y la experiencia ha demostrado que las esperanzas que en él tenían no han sido frustradas.

Esto, sin embargo, no ha resuelto la cuestion; al contrario, la complica, porque lejos de calmar la excitacion que reinaba contra el ministerio, la aumenta, pues agranda distancias lejos de suavizar asperezas.

*
* *
*

Los últimos correos de la América del Sur nada de nuevo nos comunican, ni de bueno tampoco, pues aún cuando por lo referente á la guerra del Pacífico se confirman plenamente las noticias gratisimas de la paz chileno-peruana, el problema no está del todo libre de desagradables complicaciones. Chile y el general Iglesias, presidente de la república del Perú, están conformes en las condiciones del tratado, que son las mismas de que ya dí cuenta á los lectores de la REVISTA IBÉRICA; pero hay otro presidente reconocido por algunos distritos del Perú, el general Montero, que desconociendo los verdaderos intereses de su patria, se empeña en que la guerra siga á todo trance, y como sucede siempre en estos casos, no faltan locos que lo apoyen. Esta actitud, que de seguro no comprometerá el éxito de las negociaciones, las dificultará tal vez, y esto basta para que lo lamenten todos los partidarios de la paz de los pueblos y todos los que hacemos votos sinceros por la prosperidad de las naciones de la América latina.

Angel de Luque.

FRAY ZEFERINO GONZALEZ.

La recepcion del ilustre arzobispo de Sevilla en la Real Academia de Ciencias Morales y Políticas, ha sido un fausto acontecimiento, no sólo para tan docta Corporacion, sino más principalmente para la ciencia española en general, que cuenta con un nuevo trabajo de tan privilegiada inteligencia, que bien puedo asegurar que es de la índole de los llamados á sobrevivir á todo apasionamiento crítico y á los embates de toda novedad filosófica ó metafísica.

Siento que el corto espacio de que puedo disponer no me permita dar cuenta á los lectores de esta REVISTA del notabilísimo discurso del nuevo académico, con toda la extension y copia de datos eruditos que serian de absoluta necesidad si yo hubiera de tratarlo en forma debida y conveniente. Pero ya que este mi deseo no pueda realizarse, procuraré al ménos

no omitir ninguno de los puntos esenciales que en el discurso de fray Zeferino se desarrollan, á fin de que si corto en extension este artículo, pueda siempre resultar completo el bosquejo que de tan profundo cuan erudito trabajo me propongo hacer.

Aquellos de mis lectores que conocen las producciones científicas del modesto filósofo español fray Zeferino, no habrán podido extrañar su nuevo discurso, puesto que en sí, no es más que una síntesis, si bien levantada y majestuosa, tal vez no acabada y completa, de toda la labor intelectual que tan perfectamente ha desenvuelto en sus magistrales obras.

Pensador profundo, fray Zeferino no podía sustraerse en acto tan solemne de tratar aquellos problemas del orden ético y del orden social que, constituyendo su especial vocacion, hacen que se fijen en ellos las miradas de todos los amantes del progreso moral y material de nuestra patria. Pero no plantea el problema el distinguido filósofo en uno ó más de sus aspectos parciales, no estudia la crisis de los tiempos presentes de un modo particular y concreto, sino que levantándose á más alta y superior esfera, sabe colocar la cuestion en sitio más elevado, buscando la raíz del mal en el origen mismo de todas las cosas, en aquel primer principio del *ser* y de la *accion* que ha hecho y hará siempre que sea ciencia eterna la teodicea y eterna tambien la metafísica.

Hay una idea, sobre todas las ideas, que ilumina las esferas y los dominios de la ciencia como el sol ilumina y alumbra con sus resplandores el mundo todo de la naturaleza. Y esta idea y este primer principio no es otro mas que la nocion de Dios. Cuando esta idea, que es sol de las inteligencias, se oscurece, las sociedades entran en ese período crepuscular que no puede llamarse la noche, pero que no es tampoco el día pleno y radiante, exento de toda penumbra. Y cuando esta idea se eclipsa en absoluto ó desaparece totalmente de los dominios de la ciencia, entonces el mundo entra seguramente en noche triste y oscurísima, y las sociedades marchan desesperadas sin luz que alumbre su camino, palpando sólo las tinieblas y sintiendo en sus miembros fatigados el dolor que toda caída produce, semejando las sociedades en tan extremado conflicto aquellos viajeros que extraviados en medio de espeso bosque y cubiertos con el polvo y la fatiga del camino, desconocen de dónde partieron é ignoran tambien á dónde marchan. Y esta es la hora en que los pueblos y las naciones, imitando á los extraviados caminantes y tomados como ellos de la desesperacion y la fatiga, se entregan á ese penoso dormir de la indiferencia, que es presagio seguro para

la hora en que despiertan, de terribles trage días y de sangrientas hecatombes.

Ahora bien; el cristianismo viene sosteniendo esta nocion de Dios como primer principio de la ciencia, como luz vivísima de la inteligencia humana, hace diez y nueve siglos y corroborándola de una manera elocuente, tanto por la fé de sus sacerdotes, como por la sangre de sus mártires y la elocuencia de sus apóstoles, y haciendo que sirva de faro luminoso á los modernos Estados tan fuertemente combatidos y tan duramente trabajados por vientos y por corrientes excépticas y ateocráticas.

El modesto filósofo español fray Zeferino, plantea en estas levantadas esferas el problema de la crisis política, social y religiosa de nuestro tiempo, y despues de demostrar en los comienzos de su notabilísimo discurso con razones incontrovertibles, cómo el Dios personal y trascendente del cristiano, es el único que puede merecer la adoracion de la conciencia humana, estudia detenida y reflexivamente la evolucion del pensamiento científico, á través de la historia, para señalar los errores, marcar las contradicciones é indicar los absurdos que han sobrevenido cuando al aparecer las escuelas metafísicas truncaban ó desfiguraban en los estrechos moldes de sus sistemas este primer principio del conocimiento, que es á la vez la causa generadora de toda ciencia y de toda vida.

No merece la crítica, sino el elogio más justificado y legítimo, este por demás difícil trabajo del nuevo académico, que ha sabido, venciendo los graves obstáculos que estorbaban su camino, compendiar en los escasos límites de un discurso cuanto de esencial y característico hay en el movimiento filosófico moderno, señalando las analogías é identidades y delineando, en suma, el parentesco de unos y otros sistemas en la evolucion, siempre creciente y nunca agotada ni agotable, del pensamiento filosófico.

Siguiendo fray Zeferino la acertada máxima de Bossuet, de que «*el deísmo es una nueva forma de ateísmo*,» é inspirándose en aquel axioma tan antiguo de que «*el error gravita hácia el error de una manera fatal y necesaria*,» demuestra de modo tan razonador como elocuente y serio, el parentesco que existe entre todas las direcciones filosóficas modernas, á partir desde Descartes hasta nuestros días, ya se denominen sus sistemas eclecticismo ó panteísmo, ó doctrinarismo, ó idealismo, ó ya se los conozca como sensualismo, materialismo ó positivismo y determinismo, comprendiendo y abarcando á todas estas escuelas dentro del racionalismo, como clasificacion general y como principio generador de todos estos cam-

biantes y fosforescencias del pensamiento filosófico moderno.

La independencia y separación de la razón humana de la divina y la autonomía de la primera, constituyen para el nuevo académico el germen de errores en el campo filosófico, y el primer principio de error ó sea el error madre (si vale la frase), de donde se derivan y arrancan los demás errores parciales en sus variados aspectos y distintas manifestaciones.

Esta afirmación, que constituye el fondo de su notable disertación, lleva al ilustre arzobispo de Sevilla á caminar en alas de la especulación filosófica por los oscuros limbos de la metafísica, penetrando con paso firme y seguro en el fondo de los sistemas más ó menos idealistas y lanzando sobre ellos la acusación probada de panteísmo.

La identidad sustancial entre el mundo y Dios, y la proclamación de la unidad de sustancia como característica de la filosofía panteísta, sirve á fray Zeferino, no sólo para recordar errores de filósofos paganos, sino más principalmente para demostrar á todo pensador imparcial, cómo negada la distinción entre estos dos seres no hay más remedio que adjudicar la razón en el orden científico al monismo cósmico, por más que esto contraríe las aspiraciones y los fines éticos de algunos idealistas y panteístas de buena fé.

Pero si notable y digna de la gran reputación que entre los hombres de ciencia alcanza hoy fray Zeferino, es esta parte fundamental de su discurso, no lo es ménos el segundo aspecto en que toma tan grave cuestión señalando el remedio y demostrando la necesidad de que las sociedades emprendan nuevos derroteros y se orienten hácia el cristianismo, fuera de cuyas vías vienen caminando hace algunos siglos.

No pretende fray Zeferino, á fuer de filósofo y de pensador, destruir y anular todo el pensamiento científico moderno para resucitar la filosofía escolástica con todos sus defectos y algunos de sus errores; pero si bien esto no lo pretende porque no es de filósofos serios acometer imposibles, entiende en cambio, con alto y profundo sentido, que se puede pensar en una gran reconstrucción científica hermanando la filosofía moderna en todo lo que tiene de fecunda y verdadera con el dogma católico, que no ha sido jamás estorbo para ningún adelanto positivo.

Pone término á su brillante discurso anunciando, guiado de esta gran enseña de concordia, que en ese día señalado de la reconciliación tal vez se vea claro que todas las conquistadas de las ciencias naturales en lo que tienen de más fundamental, son al fin y á la

postre comentario elocuentísimo de la verdad revelada.

Francisco Henestrosa.

MURILLO Y SEVILLA.

(EN EL ANIVERSARIO DEL GRAN PINTOR.)

Bajo un cielo azul que brilla
con cambiantes de zafir,
sus torres alza Sevilla
ciñendo la doble orilla
del ancho Guadalquivir;

y en su seno y al fecundo
rayo de su ardiente sol,
nació aquel génio profundo
que es maravilla del mundo,
gloria del arte español.

Lo grande surge en la altura,
abrió la flor su capullo,
vertió su fragancia pura,
el alma escuchó el arrullo
del canto de la hermosura,

y absorta y estremecida
sintió que en dulce convenio
le daban la bienvenida
tres besos; el de la vida,
el de la luz y el del génio.

¿Quién al génio sujetó?
¿Quién habrá que al génio mande?
Murillo creció y creció
y miró á Sevilla y vió
la Giralda lo más grande.

Y miró con alegría
la luz del eterno día,
y con éxtasis bendito
que la Giralda subía
en busca de lo infinito.

Y apartando su memoria
de la mundanal escoria,
exclamó en su frenesí:
"¡Ay, alma; piensa en la gloria,
porque lo grande está allí!",

¡Nobles anhelos que encantan!
Las olas del mar que cantan
sus penas entre la bruma,
á los cielos se levantan
con sus diademas de espuma.

Y la montaña eminente,
espejo del arrebol
que arde en ocaso y oriente,

tambien eleva su frente
buscando la luz del sol.

—

Y el ave de tierra ó mar,
áun tras la niebla ó la nube,
los destellos al mirar
de la blanca aurora, sube
al cielo para cantar.

—

¡Todo levanta su anhelo:
Aves, y espumas, y sierra
y el hombre... ¡dulce consuelo!
¡Todo lo grande en la tierra
va siempre buscando al cielo!

—

¡Con qué solemne alegría
ostenta en su noble historia
su triunfo la patria mía!
¿Cómo no alcanzar la *gloria*
quien en la *gloria* vivía?

—

Tan grande fué su anhelar
sublime que, al vislumbrar
la luz y el bien inmortales,
las roncadas olas del mar
cantaron sus funerales.

—

¡Cuántas veces he sentido
anhelante el corazón
de su encanto suspendido,
con esa palpitation
del ave que deja el nido!

—

¡Cuántas veces mi amargura
en el anhelo creciente
de su encanto y su hermosura,
ha visto brotar la fuente
del consuelo y la ventura;

—

la noble inquietud, la idea
divina y el ¡ay! sublime
del corazón que desea
lo inmenso!.. ¡Bendito sea
el arte que así redime!

—

...¡Y la gloria conseguida
su justo afán satisface,
porque en la tierra movida
por la muerte, es donde nace
la flor de la eterna vida!

—

Ven juventud, que dispones
coronar su triunfo, ven.
¿Qué buscas, di? ¿Bendiciones
y lauros para su sien?
Contempla sus Concepciones,

—

busca y arranca un fulgor
de aquel encendido ambiente,

dale el beso de tu amor
y ponlo sobre su frente...
¡Ese es su láuro mejor!

Cárlos Fernandez Shaw.

—

LIBROS NUEVOS.

—

Un milagro en Egipto; estudio trágico, por D. José Echegaray.

La última producción dramática del más universal de nuestros escritores fué acogida con tanta frialdad del vulgo como impasible respeto de las personas doctas. El eterno problema de evocar artísticamente costumbres de tiempos pasados ha vuelto á ponerse á discusión.

¿Cómo prescindir los poetas de toda la herencia que en el orden de las ideas, en las relaciones sociales, en las costumbres públicas y privadas y en la índole del lenguaje representa cualquier razonamiento que hoy se pone en boca de un personaje sobre lo que en semejantes circunstancias hubiera dicho y sentido otro que viviese en la época que se pretende resucitar?

Todas estas razones y otras muchas fundadas en la imposibilidad de prescindir de los sentimientos que parecen instintivos, propios, de los hombres de un tiempo, para establecer toda clase de relaciones y afectos con la manera de pensar y sentir que la historia, la tradición y la fantasía atribuyen á los seres de otras edades, debieron estar como latentes en el pensamiento de Echegaray cuando escribió su drama, y le han dominado por completo cuando se ha decidido á publicar en un volumen de mayor extensión que dicha obra la clave para su completa inteligencia y para que sea en rigor estimada su precisión arqueológica.

Artista sobre todo el Sr. Echegaray, ha sabido dar tal amenidad á esas notas eruditas, que lejos de enojar, recrea su lectura; como que cada una de ellas consigna algún dato importante ó plantea con elegancia un problema artístico.

El uso de la palabra *pontífice*, por ejemplo, para significar el cargo de sumo sacerdote, le ofrece coyuntura para expresar con claridad perfecta los anacronismos á que fatalmente se ve expuesto.

«Esto de llamar *pontífice* al sacerdote magno de Ammon, dice Echegaray, podrá creerse á primera vista que es imperdonable anacronismo; porque el pontífice cristiano, cabeza visible de la Iglesia, no existía en aquellos tiempos; pero á poco que se medite, se caerá en la cuenta de que ó no existe tal anacronismo, ó en él están comprendidas todas las palabras del drama desde la primera hasta la última, salvos los nombres propios, porque tampoco en aquella época existían. Pero hay más; con semejante criterio, estupendos anacronismos son todos los dramas históricos de Shakspeare, todas las tragedias de Racine y de Corneille, buen número de las de Calderon, la *Virginia* de Tamayo, porque no está escrita en latín, su admirable *Drama nuevo*, porque no está escrito en inglés, y para que el *Milagro en Egipto* se hubiese librado de la censura, hubiera sido preciso que yo lo escribiese en el idioma de las esfinges ó por lo ménos, y como aproximación, en copto.

Cada palabra tiene su historia: nace bajo el imperio de determinadas circunstancias y con determinada significación; va marchando por la corriente de la vida como guijarro por la corriente de las aguas; por el rozamiento y el choque se trasforma y pierde su primitiva estructura; por remolinos y por impulsos varios se aleja de las demás palabras en cuya compañía caminaba, y la idea que al fin representa es bien distinta de la que al principio representó.

Tal es, en efecto, la insuperable dificultad con que el autor ha luchado en el drama que nos ocupa. Shakspeare leía á Plutarco; mas si en sus tragedias resulta Roma, no es porque Plutarco se la mostrase, sino porque conocedor de las pasiones humanas, del secreto de los grandes caracteres y de la fatal determinación de sus relaciones, sabía dar vida á las imperfectas reminiscencias del historiador, comparables con sus creaciones como una de esas momias que escava Maspero con el Ramsés ó Rameses II de Echeagaray.

Un milagro en Egipto no será una evocación perfecta de los tiempos á que se refiere; pero de su autor podrá decirse cosa parecida á lo que en ocasión solemne afirmaba un jurisconsulto francés de M. de Laboulaye: "Si él no encuentra solución á este problema, es porque no la tiene."

*
* * *

Nuevos cantares; por D. Melchor Palau.

Otro poeta ingeniero que sabe cantar la ciencia sin caer en la enojosa didáctica, que lo mismo se eleva en odas llenas de majestad y de hermosa inspiración á la altura de los más preciados modelos, que desciende á recoger los sentimientos populares para reflejarlos en breves sentencias ó imágenes tan sencillas como sublimes, D. Melchor Palau, acaba de publicar un libro de poesías titulado *Nuevos cantares*.

Como Ruiz de Aguilera, el Sr. Palau ha sabido dar á este género de producciones tal naturalidad en la forma, tanta delicada y melancólica poesía, que en su lectura se encuentra aquel "placer de la tristeza" de que nos habla Homero y que sigue y seguirá siendo hasta la consumación de los siglos uno de los más seguros resortes de emoción estética.

Como Ruiz de Aguilera también, ha tenido la dicha de que muchos de sus cantares circulen de boca en boca y sean repetidos por el pueblo.

Las obras de Palau reúnen tal sello de distinción que basta leer una de ellas para comprender quién es su autor, cualidad característica del verdadero artista.

Los periódicos han dicho muchas veces quien es Palau, y han consignado lo que vale como correcto escritor, inspirado poeta, distinguido ingeniero, abogado y publicista notable.

Nosotros sólo hablaremos de sus condiciones como poeta popular. En las composiciones de este género aparece el autor animado por ese deseo nunca satisfecho que atormenta á un corazón ávido de placer y contrariado siempre en la aspiración que le sugiere su mente. soñadora:

"Procura no despertarme
Cuando me veas dormir,
No sea que esté soñando
Y sueñe que soy feliz,"

Caracteriza generalmente á las canciones del pueblo ó que el pueblo adopta, la expresión conceptuosa de alguna ley, sacada de la experiencia, ó la comparación poética de los actos y pensamientos humanos con hechos naturales que tengan algún encanto especial:

"Cuanto más tú me maltratas
Más se aumenta mi cariño;
También se pisan las uvas
Y pagan la ofensa en vino."

"Ausencias matan amor;
Finezas le dan la vida;
Desdenes lo robustecen
Y celos le hacen cosquillas."

Otras veces confunde lo metafórico con lo real y utiliza la confusión que resulta para hacer una demostración; forma difícil, porque produce oscuridad, en alta poesía; pero que manejada con sobriedad en una breve composición, suele ser muy bella:

"Sabedor de mis pesares,
Te asombras porque no lloro;
Es muy honda mi tristeza
Para que suba á los ojos."

Hoy he soñado, alma mía,
¡Mira qué sueño tan bello!
Que el hoyuelo de tu barba
Lo iba llenando de besos."

O bien emplea la imagen como tal:

"Pedacitos de carbon
Son los ojos de mi amada;
Lo digo porque son negros;
Lo digo porque me abrasan."

O cuenta un hecho dejando adivinar su íntima significación:

"Por vestir seda una niña
Dejó su casa y su tierra;
La seda, que es habladora,
A todo el mundo lo cuenta"

Y en ocasiones prescinde por completo de todo adorno, confiando el efecto artístico al candor de la idea y á la sencillez con que debe ser expresada:

"Gitanilla, no te laves,
Que te vas á poner blanca;
No te laves, gitanilla,
Que á mí me gustas gitana."

De los primeros á los *Nuevos cantares* han transcurrido algunos años, empleados por el poeta catalán en serios trabajos, salvo las pocas horas de descanso consagradas á cantar las glorias científicas de nuestro siglo.

Algo de la madurez de los años y desencantos de la vida se nota en el libro que nos ocupa:

"¿Dónde hallo tantos cantares?
—Florecen á manos llenas
En todo campo de amor
Regado por la tristeza."

Joaquín Moreno.

REVISTAS EXTRANJERAS.

ÚLTIMOS NÚMEROS PUBLICADOS.

THE EDINBURGH REVIEW.

II.

Artículo III. *Volcanes y accion volcánica*.—Este artículo contiene la crítica y resumen de siete obras escritas sobre el mismo asunto desde 1875 hasta 1882. El anónimo redactor de la *Revista de Edimburgo* considera fuera ya de cuestion la teoría del fuego central de la tierra. El aumento progresivo de temperatura á medida que profundizamos en la corteza terrestre es un hecho tan familiar como formidable para cuantos se dedican á los trabajos de la industria minera. Calculando la progresion de dicho fenómeno, en vista de innumerables observaciones, resulta un aumento de temperatura equivalente á un grado Fahrenheit, por cada 64 piés, en direccion del centro de la tierra.

Pero se ocurre una pregunta: Si esta progresion fuese constante, ¿Cuál seria el calor central de nuestro globo? Antes que hubiésemos profundizado una vigésima parte de la distancia que existe desde la superficie al centro, el calor terrestre bastarla para volatilizar instantáneamente cualquier sustancia que allí se coloca se; llegando la temperatura final á 18.000°.

En realidad las observaciones, aunque numerosas, son en extremo deficientes, bastando para entenderlo así considerar que el taladro más hondo practicado en nuestro planeta (el de Sperenberg, cerca de Berlin), sólo llega á 4.172 piés, ó sea poco más de tres cuartas partes de una milla, mientras que el radio terrestre mide, en números redondos, unas 4.000 millas. No obstante, lejos de abandonarse la teoría ignea, que es un verdadero postulado científico, se ha modificado por lo que á la progresion creciente del calor se refiere. Si, en efecto, el máximum de intensidad coincide con el centro de figura, todo induce á suponer que el aumento de calor se verifica por incremento que disminuye en grado, algo comparable á lo que ocurre en la segunda trayectoria del péndulo ó en la velocidad de un cuerpo redondo que se desliza por un plano inclinado y va ganando su primitiva elevacion en otro plano opuesto.

Segun cálculos de M. Fuchs, el número de volcanes en actividad asciende á 323. Una circunstancia muy digna de ser tenida en cuenta, es la proximidad en que se encuentran del mar casi todos los volcanes conocidos. Entre las excepciones de esta regla llama notablemente la atencion la montaña central del Asia, llamada Thian Shan (á unas 1.500 millas del mar). Tres son sus volcanes, uno de ellos todavía en actividad; mas su situacion geográfica no empece, antes confirma la opinion de los que atribuyen á la presion de los movimientos marinos la *reaccion* volcánica, puesto que está muy generalizada entre los geólogos la prehistórica existencia de un mar Mediterráneo en el centro del Asia, del cual puede conceptuarse vestigio el lago Lob.

En comprobacion de que la proximidad del mar influye notablemente en las erupciones volcánicas, se cita la siguiente estadística: De 139 explosiones contadas desde 1750 á 1875, 98 han sido insulares y casi todas las restantes en puntos del litoral.

Pero en realidad la accion marina sólo puede aceptarse como causa ocasional para que estalle en determinado punto la tendencia expansiva de las sustancias comprimidas por la gravedad de unas capas terrestres sobre otras, aumentada por la fuerza de enfriamiento del mismo globo, segun la opinion de Humboldt.

Y el articulista concluye generalizando acerca de la universalidad de las leyes naturales, puesto que esta última teoría de las erupciones volcánicas es aplicable á los fenómenos que se notan en la foto-esfera solar.

REVISTA INTERNACIONAL DE ENSEÑANZA.

SUMARIO.—I. Asamblea general de la Sociedad del 29 de Abril.—II. De la enseñanza superior de las mujeres en Inglaterra, en Escocia y en Irlanda; por Bonisson.—III. Las tesis de la Sorbona; por M. G. L.—IV. La Universidad de Salamanca en 1875; por Carlos Graur.—V. Revista retrospectiva de las obras para la enseñanza; discurso pronunciado por Quatrefages.—VI. La enseñanza secundaria de niñas; memoria de M. Greard.—VII. Sociedad de enseñanza superior.—VIII. Novedades é informaciones.—IX. Actas y documentos oficiales.

La Universidad de Salamanca.—Es uno de los escritos póstumos de M. Graur, en el cual, despues de una rápida reseña de la historia de dicha Universidad, se hacen consideraciones, que si bien se resienten de ese espíritu especialísimo con que nuestros vecinos se ocupan de las cosas de España, se examinan concienzudamente haciendo justicia el autor á nuestras aptitudes y costumbres.

Compara el pasado de aquella Universidad, gloria y decoro de España en el siglo XV, con el presente, de cuya comparacion resulta una ágría censura á los sistemas de enseñanza vigentes en nuestro país. Marca los grados de decadencia y las líneas generales de su florecimiento, valiéndose de un recurso original, y es examinando la biblioteca salmantina, y determinando por el número y calidad de los libros adquiridos, el estado de prosperidad de aquel centro de la antigua cultura española.

Concluye el autor indicando alguna de las reformas que debieran realizarse en nuestros estudios, que pueden comprenderse en estas dos claves generales: que sean de tal índole que permitan un desarrollo completo de la cultura general, en aquellos que sólo acuden á las aulas para adquirir conocimientos que no han de aplicar especialmente, y que al mismo tiempo constituyeran centros de alta enseñanza, donde pudieran perfeccionarse aquellos que aspiran á dedicarse á ilustrar á los demás.

REVUE POLITIQUE ET LITTERAIRE.

SUMARIO.—I. Hombres políticos contemporáneos; por H. Depasse.—II. París hace cien años; por Francisco Boullier.—III. Mala aventura; por Gaston Bergeret.—IV. Historia del arte en la antigüedad; por Jorge Rerrot.—V. Recuerdos de una embajadora; por Barine.—VI. Un manuscrito inédito.—VII. Política exterior.—VIII. Boletín.

Historia del arte en la antigüedad.—En este artículo, que es un extracto de una obra publicada há poco por el mismo autor, tiende éste á demostrar con datos y consideraciones, que las civilizaciones europeas helénica

y romana tienen sus raíces y hasta su tronco en Egipto y Caldea.

Comienza examinando el desarrollo semejante en uno y otro pueblo de la escritura y su lento progreso. Des pues cree encontrar la base de la prosperidad industrial de ellos, y lo mismo de la China en la organizacion social que permitia un fondo inmutable de tal energía, que asimilándose todos los elementos que se le allegaban, jamás sufrió cambio y detrimento por su intrusion como, segun el autor, acontece hoy con la China. Sostiene que ésta, Caldea y Egipto son hermanas é isócrona y semejante su cultura, y por último que ésta fué tan exuberante, que extendiéndose y difundiéndose, originó las civilizaciones europeas, al ménos en lo relativo á las industrias y á las artes.

THE NINETEENTH CENTURY.

SUMARIO.—I. *¿Por qué enviar tantos irlandeses á América?* por el profesor Golwin Smith.—II. *Una protesta contra el partido whig;* por Jorge W. E. Russell.—III. *El fuerte prision de San Petersburgo;* por el príncipe Krapotkine.—IV. *La poesía pintada de Watts y Rossetti;* por Mrs. Barrington.—V. *Caza de raposas;* por W. Bromley Davenport.—VI. *Domicilio de los pobres;* por Jorge Howell.—VII. *Progresos de la "Campagna romana;"* por Count Conestabile.—VIII. *Los agricultores y el partido tory;* por Jamei Howard.—IX. *El nuevo bill sobre agricultura;* por William E. Bear.—X. *Wallestein;* por H. Schütz Wilson.—XI. *Los ingleses en Egipto.*—XII. *Cómo se fabrica la opinion pública;* por Blanchard Ferrol.

La mania de las asociaciones para fines particulares y la facilidad que se encuentra en la prensa periódica para improvisar reputaciones é introducir modas, han dado al autor del último artículo de este sumario, para consignar multitud de observaciones curiosísimas, anécdotas graciosas y notables estadísticas.

Hay en Inglaterra una asociacion para combatir el uso de los sombreros blancos; otra para proscribir la flor que muchos caballeros llevan en el ojal de la levita y fundar una caja de ahorros donde se deposita diariamente un chelín, precio medio de una rosa en aquel brumoso país, y otras muchas, no ménos extravagantes, que omitimos.

Entre las anécdotas, hay una referente al escritor Hannay.

Presentósele un impresor á proponerle un gran negocio.

Hannay inventaría una nueva religion y explicaría su credo por medio de folletos y discursos. Aquellos serian publicados por el impresor y éstos pronunciados en *meetings* que el mismo impresor se encargaría de organizar. El artífice prometia, tambien, formar las listas de los adeptos, tirar proclamas anunciando la buena nueva, proporcionar resonancia en los periódicos y regularizar la administracion. Todo á partir ganancias.

Hannay rechazó la oferta, y el impresor se retiró muy compungido porque, en su concepto, el negocio era seguro.

El articulista se extiende en consideraciones acerca de las leyes biológicas que se cumplen en la "manufatura de la opinion pública."

LES MATINÉES ESPAGNOLES.

NOUVELLE REVUE INTERNATIONALE EUROPÉENNE,
POR LE BARON STOCK.

SUMARIO.—1. Asuntos extranjeros; A. B.—2. Curiosidad bibliográfica; documento inédito, por César Cantú.—3. Cartas y documentos inéditos; por Cárlos Albert.—4. El teatro francés en Madrid; por Lapalisse.—5. Correos de Lisboa; por Guiomar Torrezao.—6. La guerra de Chile (continuacion); por Pedro Gasteo Mesnier.—7. Estado actual de los estudios árabes en España (fin); por F. Guillen Robles.—8. L'épreuve (poesía); por María Letizia de Rute.—9. El primo Basilio de Eca de Queiros (continuacion); por María Letizia de Rute.—10. Pensamientos varios; por M. B.—11. El gran galeoto de Echegaray (continuacion); por María Letizia de Rute.—12. A Isabel Roma Rattazzi en el aniversario de su natalicio; por Tony Révillon.—13. El Parlamento español; por L. R.—14. La Reina María Pía de Portugal (retrato).—15. Exposicion nacional de minas, artes metalúrgicas, cristalería y aguas minerales; por Henri Richard.—16. Correo de París; por Camilo Delaville.—17. Bibliografía.—18. De acá para allá; por Pèrègrine.

Esta notable Revista, que á pesar de publicarse en Madrid, clasificamos entre las extranjeras por el idioma en que está escrita y el carácter internacional de los asuntos que trata, inserta en su último número un interesante artículo firmado por César Cantú, el más popular de los historiadores modernos.

De él copiamos la siguiente carta que el conde Calepio, embajador de la república Cisalpina, fundada en 1790 en virtud de las victorias de Bonaparte, escribía al ciudadano Bizazo, ministro de dicha república.

"27 de Abril de 1878.

Los españoles detestan á los franceses tanto como estiman á los ingleses. Dice un proverbio: "guerra á todo el mundo y paz á los ingleses." Todas las semanas se reciben en el Ministerio exposiciones pidiendo á toda costa la paz con Inglaterra y ofreciendo cuantiosos donativos con tal que se declare guerra á Francia.

El español desea abrir sus puertos y recibir ricos cargamentos de América.

El príncipe dela Paz ha sido el primero en dar ejemplo de amor al país, renunciando las asignaciones que le fueron concedidas por sus empleos y títulos, no reservándose más que el tratamiento de capitán general.

A estos ofrecimientos del ministro, S. M. respondió por despacho ministerial que veía con agrado aquel rasgo patriótico, pero que le aconsejaba reflexionar, si renunciando aquellos emolumentos, le quedaria lo bastante para sostener su rango actual y el lujo propio de su alta posicion.

Esto hace ménos probable la total desgracia del príncipe y demuestra que el Rey ha olvidado la incalculable fortuna de que él mismo le ha hecho poseedor. No exageran los que calculan esta fortuna en 200 millones. En tales circunstancias no es difícil mostrarse generoso."

ADVERTENCIA.

Rogamos á nuestros suscritores de provincias, que lo sean por trimestres, la renovacion de su abono en sellos ó letras de fácil realizacion.

ÍNDICE DEL PRIMER TRIMESTRE.			Página.
NUMERO 1.º		Página.	
Advertencia.		1	
31 de Marzo.		1	
EL INDULTO; por Doña Emilia Pardo Bazan.		2	
IDEAS SOBRE EL TRABAJO; por D. Meliton Martin.		5	
EL JURADO; por D. José María Reina.		9	
LAS PRIMERAS MATERIAS; por D. Laureano Calderon.		11	
LA CUESTION SOCIAL EN ANDALUCÍA; por D. B. Antequera.		13	
REVISTA POLÍTICA EXTERIOR; por D. Angel de Luque.		16	
EN EL ABANICO DE FUENCISLA (poesía); por D. Ramon de Campoamor.		19	
LA VIDA (poesía); por D. Francisco de Abarzuza.		19	
UN POETA LÍRICO CONTEMPORÁNEO; por D. Daniel Lopez.		20	
REVISTAS EXTRANJERAS.		23	
NUMERO 2.			
16 de Abril.		25	
CONFIDENCIA PRELIMINAR; por D. Meliton Martin.		26	
BOILEAU; por Clarin.		29	
EL PERIODISTA PAPA; por D. Mariano de Cavia.		32	
EL COLOR DEL AGUA; por D. José Rodríguez Mourelo.		35	
REVISTA POLÍTICA EXTERIOR; por D. Angel de Luque.		40	
EPIGRAMA; por D. Manuel del Palacio.		42	
TRASMISIONES (poesía); por D. Francisco de Abarzuza.		42	
AU BONHEUR DES DAMES; por D. Juan Reina.		43	
LIBROS NUEVOS; por D. Joaquin Moreno.		45	
REVISTAS EXTRANJERAS.		46	
NUMERO 3.			
1.º de Mayo.		49	
UN DIPLOMÁTICO; por Doña Emilia Pardo Bazan.		50	
LAS ALIANZAS DE ESPAÑA; por Franck.		52	
FÍSICA DEL OLFATO; por D. José R. Carracido.		55	
EL COLOR DEL AGUA (conclusion); por D. José R. Mourelo.		56	
REVISTA POLÍTICA EXTERIOR; por D. Angel de Luque.		58	
IDILIO (imitacion de Mosco); por D. Manuel del Palacio.		62	
NO TE OLVIDES (soneto); por D. Carlos Fernandez Shaw.		63	
SOBRE TEATROS; por D. Félix G. Llana.		63	
EL DERECHO COMO CIENCIA NATURAL; por D. Luis Morote.			65
MISCELÁNEA; por D. Joaquin Moreno.			67
LOS ACTORES PORTUGUESES; por C'Pouvinho.			69
REVISTAS EXTRANJERAS.			70
NUMERO 4.			
16 de Mayo.			73
PANZA-AL-TROTE; por D. J. Ortega Munilla.			74
UN CUENTO EN UNA CARTA; por D. Jacinto O. Picon.			78
LAS CIENCIAS INDUCTIVAS; por D. José Rodríguez Carracido.			81
VELOCIDAD DE LA TRASMISION NERVIOSA; por el Dr. D. Luis Marco.			84
REVISTA POLÍTICA EXTERIOR; por D. Angel de Luque.			87
SONETOS; por D. C. Fernandez Shaw.			91
POESÍAS DE D. FRANCISCO DE ABARZUZA; por D. Anastasio R. Lopez.			92
MISCELÁNEA; por D. Joaquin Moreno.			94
REVISTAS EXTRANJERAS.			95
NUMERO 5.			
1.º de Junio.			97
PANZA-AL-TROTE (continuacion); por D. J. Ortega Munilla.			98
EL TESTAMENTO; por D. José María Matheu.			101
ALEGORÍA SOBRE EL ORIGEN DEL COMERCIO; por D. Meliton Martin.			107
LA RELIGION DE DARWIN; por D. José R. Mourelo.			112
REVISTA POLÍTICA EXTERIOR; por D. Angel de Luque.			116
MISCELÁNEA; por D. Joaquin Moreno.			120
REVISTAS EXTRANJERAS.			120
NUMERO 6.			
16 de Junio.			121
SANTIAGO DAMOUR; por Mr. Emile Zola.			123
DEL PRINCIPIO DE LAS IDEAS; por D. Ramon de Campoamor.			126
TRISTE REGRESO (poesía); por D. Manuel del Palacio.			129
PALOMARES (fragmento de una novela); por Clarin.			129
MÉDICOS FORENSES; por D. José María Reina.			132
REVISTA POLÍTICA EXTERIOR; por D. Angel de Luque.			134
FRAY ZEFERINO GONZALEZ; por D. Francisco Henestrosa.			136
MURILLO Y SEVILLA (poesía); por don Carlos Fernandez Shaw.			139
LIBROS NUEVOS; por D. Joaquin Moreno.			140
REVISTAS EXTRANJERAS.			142